

ORGULLO Y PREJUICIO CAPÍTULOS 12-21

Capítulo 12

De acuerdo con su hermana, Lizzy escribió a la mañana siguiente a su madre suplicándole que les enviase el coche aquel mismo día. Pero Mrs. Bennet, que había calculado que la estancia de sus hijas en Netherfield duraría hasta el martes siguiente, cuando Jane llevase una semana allí, no se avenía a recibirla antes de esa fecha. Su respuesta no fue, pues, propicia, o por lo menos no resultó a gusto de Lizzy, impaciente por regresar a su casa. Mrs. Bennet les decía que no era posible disponer del coche hasta el martes, añadiendo al final del escrito, que si Mr. Bingley y su hermana las instaban a quedarse, accedería muy gustosa. Pero Lizzy estaba resuelta a no permanecer por más tiempo allí, y temerosa de que ella y Jane fuesen consideradas molestas, instó a ésta a pedir el coche a Bingley, y al fin decidieron manifestar aquella misma mañana su proyecto de dejar Netherfield y hacer dicha petición.

La noticia provocó exageradas manifestaciones de contrariedad y repetidas veces expusieron las Bingley su deseo de que se quedasen hasta el día siguiente por lo menos, y así, hasta el día siguiente se demoró la partida. Con todo, a Miss Bingley no le agradó la dilación, pues los celos y antipatía que le inspiraba Lizzy excedían en mucho a su afecto por Jane.

El dueño de la casa sí que oyó con verdadera pena que Jane proyectaba marcharse de inmediato, e insistió en la inconveniencia de que hiciera el viaje por no hallarse bastante repuesta; pero Jane era muy terca cuando juzgaba que obraba bien.

En cuanto a Darcy, acogió con satisfacción la noticia, pues Lizzy había estado ya bastante tiempo en Netherfield. Le atraía más de lo que deseaba, y Miss Bingley era con ella descortés y con él más molesta de lo que solía ser. Resolvió, en consecuencia, tener especial cuidado en que no se le escapase ninguna frase de admiración, nada que pudiera despertar en ella esperanzas de que pudiera influir en su felicidad, atento a que si semejante idea había surgido en ella, la conducta que mostrase él durante el último día debía servir para confirmarla o ahuyentarla. Fiel a sus propósitos, apenas le dirigió diez palabras en todo el sábado, y aunque pasaron más de media hora solos en la biblioteca, se dedicó a su libro y ni siquiera la miró.

El domingo, tras el servicio religioso de la mañana, tuvo lugar la despedida, tan deseada por casi todos. La cortesía de Miss Bingley para con Lizzy aumentó hacia el final, lo mismo que sus muestras de afecto hacia Jane, y cuando partían, tras asegurar a ésta que le causaría mucho placer volver a verla, tanto en Longbourn como en Netherfield, y de abrazarla tiernamente, apenas dio la mano a Lizzy, que se despidió de todos con feliz satisfacción.

Su madre no las recibió con excesivo entusiasmo. Mrs. Bennet manifestó asombro por su llegada, y afirmó que hacían muy mal en ocasionarle semejante disgusto, dando por seguro que Jane volvería a pillar un resfriado. Pero su padre, aunque muy lacónico en sus expresiones de alegría, en realidad quedó muy satisfecho de verlas. Había notado en su ausencia lo mucho que significaban para la familia. Por la noche, cuando todos estaban reunidos, la conversación perdía animación e interés sin la presencia de Jane y Lizzy.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



Hallaron a Mary sumida, como de costumbre, en el estudio de la naturaleza humana; podía ofrecer a la admiración de los demás algunos nuevos extractos de sus lecturas y pronunciar nuevas sentencias de rancia moral. Kitty y Lydia guardaban para ellas información de muy distinta especie. En el regimiento se había hablado mucho y se habían hecho muchas cosas desde el miércoles anterior; varios oficiales habían comido recientemente en casa de su tío, un falso soldado había sido azotado, y se decía que el coronel Forster iba a casarse.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 13

—Supongo, querida mía —dijo Mr. Bennet a su mujer cuando desayunaban a la mañana siguiente—, que habrás encargado buena comida para hoy, porque tengo razones para suponer que contaremos con la presencia de un invitado.

—¿Qué dices, querido mío? No tengo noticia de que venga nadie, a no ser que a Charlotte Lucas se le ocurra hacerlo, y supongo que mi comida es suficientemente buena para ella. No creo que la que sirven en su casa sea mejor.

—La persona a quien aludo es un caballero, y, para más señas, forastero. Mrs. Bennet abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Caballero y forastero? Pues seguro que se trata de Mr. Bingley. Jane, ¿por qué no me has dicho una palabra de esto? ¡Ah, pícara! Tendré mucho gusto en verlo. ¡Pero, Dios mío, qué desgracia! Hoy no se puede comprar ni un trozo de pescado. Lydia, amor mío, toca la campanilla, tengo que hablar con Hill de inmediato.

—No se trata de Mr. Bingley —dijo el marido—; el forastero es una persona a quien no he visto en mi vida.

Eso despertó el asombro de todos, y como consecuencia de ello Mr. Bennet tuvo el placer de ser interrogado con ansiedad por su mujer y sus cinco hijas a la vez.

Tras divertirse por un rato excitando su curiosidad, se explicó así:

—Hará cosa de un mes recibí esta carta, y hará quince días, poco más o menos, que la contesté; no antes, pues consideré que el caso era delicado y requería atención. Es de mi primo Collins, quien cuando yo muera podrá echaros a todas de esta casa en cuanto le plazca.

—¡Oh querido! —exclamó su mujer—. No soporto oír su nombre. Te suplico que no hables de una persona tan odiosa. Tengo por una desgracia el que tus hijas no puedan heredar esta propiedad y estoy segura de que si me viera en tu lugar hace tiempo que habría intentado algo para evitarlo.

Jane y Lizzy trataron de explicarle en qué consistía aquella disposición testamentaria. Ya lo habían intentado varias veces, pero era un asunto sobre el cual Mrs. Bennet evitaba entrar en razón; y así, continuó lanzando frases sobre la crueldad que significaba arrebatar una propiedad a una familia con cinco hijas en favor de un hombre que a nadie importaba.

—Es, en verdad, una brutalidad —dijo Mr. Bennet—, y nada puede justificar a Collins el pecado de heredar Longbourn algún día. Pero si quieres escuchar esta carta quizá te tranquilices un poco.

—Nada puede tranquilizarme al respecto. Además, considero una impertinencia el que te escriba, y un acto de hipocresía. Odio a esos falsos amigos. ¿Por qué no continúa pleiteando contigo, como su padre lo hizo en su tiempo?

—Pues porque parece que ha sentido ciertos escrúpulos, como pronto verás.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



Hunsford, cerca de Westerham, Kent
15 de octubre

Querido primo:

El desagradable desacuerdo entre tú y mi honorable padre siempre me molestó, y desde que tuve la desgracia de perderlo, he deseado a menudo que acabase, aunque por un tiempo he retrasado el procurarlo, temiendo que resultase irrespetuoso a la memoria del mismo el avenirme con alguien con quien siempre estuvo en discordia. Pero me he decidido ya, pues tras tomar los hábitos en Pascua, he tenido la suerte de ser favorecido con la protección de la muy honorable lady Catherine de Bourgh, viuda de sir Lewis de Bourgh, cuya bondad y generosidad me ha promovido para la rectoría de su parroquia, donde tengo el firme propósito de continuar agradecido y respetuoso hacia Su Señoría y estar siempre dispuesto a celebrar los ritos y ceremonias instituidos por la Iglesia de Inglaterra. Por otra parte, creo que es mi obligación, como eclesiástico, promover y restablecer las bendiciones de la paz en todas las familias a que se extienda mi influencia, y por ese motivo considero razonable que mis deseos de buena voluntad sean dignos de alabanza y de que la circunstancia de ser heredero de Longbourn sea delicadamente olvidado por ti y no te lleve a rechazar la rama de olivo que te ofrezco. No puedo por menos que lamentar ser causa de perjuicio para tus amables hijas, y permite que me disculpe por ello y te asegure mi deseo de repararlo en cuanto sea posible, en adelante. Si no te opones a recibirme en tu casa, me propongo tener la satisfacción de visitarte, así como a tu familia, el lunes, 18 de noviembre, a las cuatro de la tarde, y acaso abuse de vuestra hospitalidad hasta el sábado siguiente por la tarde, lo que puedo hacer sin inconveniente, puesto que lady Catherine de Bourgh no se opone a ello, con tal que algún otro eclesiástico quede apalabrado para cumplir las obligaciones del domingo.

Quedo, estimado primo, con respetuosos saludos a tu esposa e hijas, tu amigo, que te desea lo mejor, WILLIAM COLLINS.

—Por consiguiente —dijo Mr. Bennet en cuanto plegó la carta—, a las cuatro debemos esperar a este caballero pacificador. Parece un joven muy instruido y distinguido, y no dudo de que su amistad sea muy valiosa para nosotros, en especial si lady Catherine sigue siendo tan indulgente que le permita volver a vernos.

—Pero hay algo significativo en lo que dice respecto de nuestras hijas —repuso Mrs. Bennet—. Y si está dispuesto a darles alguna reparación, no seré yo quien lo desanime.

—Aunque es difícil —apuntó Jane— adivinar de qué modo entiende eso de darnos toda clase de satisfacciones, su buen deseo lo enaltece.

Lizzy estaba extrañada, sobre todo, de su extraordinaria deferencia hacia lady Catherine y de su benigna intención de bautizar, casar y enterrar a sus feligreses cuando fuera preciso.

—Me parece —dijo— que debe de ser un hombre sumamente raro. No consigo imaginármelo. Su estilo es demasiado ampuloso. Y ¿qué puede significar eso de excusarse por ser heredero de la propiedad? No me atrevo a suponer que lo evitaría si pudiera. ¿Será, papá, tan delicado?

—No lo creo, querida. Temo más bien que resulte todo lo contrario. Hay en su carta tal mezcla de servilismo y altanería que no puedo por menos que presumirlo. Estoy impaciente por verlo.

—En cuanto a la redacción de la carta —dijo Mary—, no encuentro defecto alguno. La idea de la rama de olivo no es completamente nueva, pero me parece que está bien expresada.

Por lo que hace a Katty y Lydia, ni la carta ni su autor les interesaban en absoluto. No era probable que su primo vistiese chaqueta militar, y hacía algunas semanas que no se hallaban a gusto en compañía de ningún hombre que no lo fuera. En lo tocante a la madre, la carta de Mr. Collins había mitigado en gran medida su aversión hacia él, y estaba dispuesta a juzgarlo con un grado de moderación que dejó atónitos a su marido y a sus hijas.

Mr. Collins llegó puntual, a la hora anunciada, y fue recibido con gran cortesía por toda la familia. Verdad es que Mr. Bennet habló poco, pero las mujeres se mostraron deseosas de conversar, y Mr. Collins no parecía ni necesitado de que se le animase ni inclinado de por sí al silencio. Era un joven alto, de mirada melancólica, y de veinticinco años. Su porte era grave y majestuoso, y sus modales, muy ceremoniosos. No llevaba mucho tiempo sentado cuando felicitó a Mrs. Bennet por tener hijas tan hermosas, manifestó que había oído mucho de su belleza, pero que la fama habíase quedado corta al lado de la realidad, añadiendo que no dudaba en verlas bien casadas a todas a su debido tiempo. Los cumplidos no fueron muy del gusto de alguna de las oyentes, pero Mrs. Bennet, que parecía muy satisfecha, contestó de inmediato:

—Eres muy amable, primo William, y de todo corazón deseo que sea como dices, porque de otro modo quedarían bastante desamparadas. Todo está dispuesto de manera tan extraña...

—¿Aludes acaso al vínculo de esta propiedad?

—Debes saber que es asunto muy penoso para mis hijas. No es que te culpe, pues sé que semejantes cosas son debidas a la suerte. Nadie puede saber nunca qué pasará cuando una propiedad queda vinculada.

—Admito la desgracia que pesa sobre mis primas, y no poco podría hablar sobre esa cuestión; pero no quiero parecer precipitado. No obstante, puedo aseguraros que vengo dispuesto a admirarlas. Por ahora no digo más; cuando nos conozcamos mejor...

Fue interrumpido por la llamada a comer, y las muchachas se miraron y sonrieron. No fueron ellas el único objeto de la admiración de Mr. Collins; el vestíbulo, el comedor y todo el mobiliario fueron examinados y elogiados, y Mrs. Bennet se habría sentido conmovida si no hubiese sido porque suponía que él veía en todo su futura propiedad. La comida, a su vez, fue extraordinariamente ensalzada, y Mr. Collins suplicó que se le dijese a cuál de sus hermosas primas correspondía el mérito de la preparación. Pero aquí fue llamado al orden por Mrs. Bennet, quien aseguró que ellos podían permitirse tener un buen cocinero y que sus hijas nada tenían que hacer en la cocina. Él se disculpó por haberla disgustado, y aunque ella, con tono cálido, respondió que se daba por disculpada, Collins continuó excusándose aproximadamente durante un cuarto de hora.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 14

Mr. Bennet apenas habló en la comida, pero cuando los criados se retiraron, juzgó que había llegado el momento de conversar un poco con su huésped, y sacó a colación un tema en que pensaba quedar bien ante éste, diciéndole que era muy afortunado con su protectora. La atención que lady Catherine de Bourgh prestaba a sus deseos y la importancia que él concedía a su propio bienestar resultaron temas por demás adecuados. Collins se mostró aún más solemne en sus modales, y con la mayor seriedad afirmó que jamás había visto conducta igual en una persona de su rango, ni tal afabilidad y condescendencia como en lady Catherine. Se había dignado aprobar los dos sermones que ya había tenido el honor de pronunciar ante ella, lo había invitado a comer dos veces en Rosings, y el sábado anterior había enviado por él para completar su partida de cartas durante la velada. Lady Catherine era tenida por orgullosa por muchas personas, pero él nunca había visto en ella sino afabilidad. Siempre le había hablado como podría hacerlo a cualquier otro caballero, no ponía objeciones a que se reuniera con sus vecinos ni le reprochaba el que abandonase en ocasiones su parroquia durante una o dos semanas para visitar a sus parientes. Se había dignado recomendarle siempre que se casase lo más pronto posible, con tal que eligiese con prudencia, y le había visitado en su humilde abadía, aprobando cuantas modificaciones había introducido, sugiriéndole incluso alguna, entre ellas una relativa a las habitaciones de la primera planta.

—Cierto que todo eso está muy bien y revela una gran cortesía —dijo Mrs. Bennet—. Tengo por muy agradable a esa señora. ¡Lástima que las grandes señoras, en general, no se le parezcan! ¿Vive cerca de tu casa?

—El jardín donde se alza mi humilde residencia está separado de Rosings, morada de Su Excelencia, sólo por un camino.

—Creo que has dicho que es viuda. ¿Tiene familia?

—Sólo una hija, la heredera de Rosings y de gran número de propiedades.

—¡Ah! —exclamó Mrs. Bennet sacudiendo la cabeza—. En ese caso, es más afortunada que ciertas muchachas. Y ¿cómo es ella? ¿Es guapa?

—Es, en verdad, una joven encantadora. La propia lady Catherine dice que, en cuanto a hermosa, Miss Bourgh es muy superior a las más bellas de su sexo, porque hay algo en sus facciones que delata su clase distinguida. Por desgracia, es de constitución enfermiza, lo que le ha impedido progresar en ciertos detalles de educación, que de otra manera no le habrían faltado, según me ha informado su institutriz, quien aún vive con ellas. Pero es muy amable, y a menudo se ha dignado llevarme a casa en su faetón.

—¿Ha sido presentada en sociedad? No recuerdo su nombre entre las damas de la corte.

—Su frágil estado de salud le ha impedido, por desgracia, residir en la capital, y por eso, como le dije un día a lady Catherine, ha privado a la corte británica de su mejor joya. Su Excelencia pareció complacerse con esta idea mía, y podréis comprender que me considero dichoso en dirigirle en todas las ocasiones esta clase de pequeños cumplidos, siempre gratos a las damas.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



Más de una vez he dicho a lady Catherine que su encantadora hija parecía nacida para duquesa, lo cual no haría más que honrar a la nobleza. Tales son los pequeños detalles que agradan a Su Excelencia, y ésa es la clase de atenciones que me considero especialmente obligado a tener.

—Estás en lo cierto —dijo Mr. Bennet—, y es una suerte que poseas el talento de halagar con delicadeza. ¿Puedo preguntarte si semejantes atenciones proceden por impulso del momento o son resultado de un estudio previo?

—Suelen surgir de manera imprevista, y aunque a veces me entretengo en idear y preparar esos cumplidos elegantes para poder adaptarlos a las ocasiones que se brindan, siempre deseo conferirles tal aire que parezcan espontáneos.

Las suposiciones de Mr. Bennet se habían visto confirmadas. Su primo era tan absurdo como había creído, y lo escuchaba con perverso gozo, no sin conservar la más absoluta compostura, y salvo alguna mirada a Lizzy de vez en cuando para hacerle saber que no quería que interrumpiese tan grato entretenimiento.

Pero a la hora del té la dosis resultaba ya suficiente, aunque Mr. Bennet tuvo la satisfacción de ver de nuevo en el salón a su huésped. Cuando éste concluyó, lo invitó a leer en voz alta a las señoras. Collins accedió de inmediato y fue en busca de un libro. Sin embargo, en cuanto lo vio se echó atrás, como si fuese de una biblioteca circulante, y, excusándose, declaró que jamás leía novelas. Kitty lo miró con extrañeza y a Lydia se le escapó una exclamación. Le trajeron otros volúmenes, y tras algunas dudas, eligió los sermones de Fordyce. En cuanto abrió el libro, Lydia comenzó a bostezar, y antes de que con monótona solemnidad hubiera leído tres páginas, lo interrumpió de este modo:

—¿Sabes, mamá, que el tío Philips habla de despedir a Richard? Si esto ocurre el coronel Forster lo tomará a su servicio. Mañana iré a Meryton a enterarme de más cosas sobre el particular, y a preguntar cuándo regresa Mr. Denny de la capital.

Jane y Lizzy suplicaron a Lydia que refrenase la lengua, pero Collins, muy ofendido, dejó a un lado el libro y dijo:

—A menudo he observado que son muy pocas las jóvenes a quienes interesan los libros de carácter serio, aunque estén escritos sólo para su bien. Confieso que el hecho me confunde, pues nada puede ser tan ventajoso para ellas como la instrucción. Pero no quiero importunar más tiempo a mi primita.

Volviéndose hacia Mr. Bennet, le propuso jugar una partida de chaquete. Mr. Bennet aceptó, consciente de que obraba con gran cordura al dejar a sus hijas con sus triviales pasatiempos.

Mrs. Bennet y las muchachas excusaron con mucha cortesía la interrupción de Lydia, prometiendo que no volvería a ocurrir si de nuevo tomaba el libro Mr. Collins; pero éste, tras asegurarles que no guardaba rencor a su prima y que nunca tomaría por ofensiva su conducta, se sentó a otra mesa con Mr. Bennet y se dispuso a jugar al chaquete.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 15

No era Collins hombre inteligente, y sus deficiencias habían sido poco suplidas por la educación y la vida social; había pasado la mayor parte de su vida bajo la dirección de un padre avaro y sin cultura, y aunque había frecuentado una universidad, sólo había cursado las asignaturas indispensables. La represión en que su padre lo había educado sirvió para proporcionarle, en un principio, un temperamento modesto, que en la actualidad se hallaba compensado por una vida retirada y la posibilidad de una prosperidad inesperada. La fortuna y el azar lo habían recomendado a lady Catherine de Bourgh al quedar vacante el beneficio eclesiástico de Hunsford, y el respeto que sentía por el rango de aquella y su veneración a su protectora, mezclados con muy buena opinión de sí mismo, de su autoridad como clérigo y de sus derechos como rector, formaron en él una mezcla de orgullo y servilismo, petulancia y modestia.

Disfrutando ahora de una buena casa y suficientes ingresos, pretendía casarse, y al buscar reconciliarse con la familia de Longbourn tenía el propósito de elegir esposa. Pensaba decidirse por una de las hijas si las encontraba tan bellas y agradables como todo el mundo afirmaba. Tal era su plan de reparación y compensación por tener que heredar el patrimonio de su padre, plan que juzgaba excelente, al tiempo que en extremo generoso y desinteresado por su parte.

No varió el plan al ver a las muchachas. El atractivo rostro de Jane lo confirmó en sus propósitos, y al final de la primera velada fue ella la elegida. Pero a la mañana siguiente cambió de opinión, pues en un cuarto de hora de conversación con Mrs. Bennet antes de almorzar, durante el cual comenzó hablando de su casa parroquial, y que condujo de modo natural a la declaración de sus proyectos de buscar en Longbourn señora para la misma, oyó de sus labios, entre muy complacientes sonrisas y otras demostraciones propias para animarla, cierta advertencia relativa a Jane, en quien se había fijado. En cuanto a sus hermanas menores, nada podía decir de ellas, no le era dable contestar positivamente; pero no sabía de nadie que se hubiese adelantado. Ahora, por lo que tocaba a su hija mayor, probablemente se comprometería en breve, y creía conveniente avisárselo.

Collins pasó de Jane a Lizzy, puesto que no le quedaba otra opción, mientras Mrs. Bennet atizaba el fuego. Lizzy, que seguía a Jane tanto por edad como por belleza, la reemplazó, por consiguiente.

Mrs. Bennet se percató de ello, confiando en que no tardaría en tener dos hijas casadas; y así, el hombre de quien el día anterior no podía soportar que se hablase, crecía enormemente en su estima.

Lydia no había olvidado su proyectado viaje a Meryton. Todas sus hermanas, a excepción de Mary, accedieron a ir con ella, y Collins las acompañaría, a ruegos de Mr. Bennet, deseoso de desembarazarse de él y tener su biblioteca para sí, porque Collins lo había seguido desde el almuerzo, y allí habría continuado, ocupado en apariencia en uno de los mayores volúmenes de las estanterías, pero en realidad hablándole acerca de su casa y su jardín de Hunsford, lo que fastidiaba enormemente a Bennet. En su biblioteca siempre había estado cómodo y tranquilo, y

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



aunque acostumbrado, según había dicho a Lizzy, a encontrar locura y vanidad en las otras estancias de la casa, allí solía verse libre de semejantes cosas. Por eso se apresuró a invitar a Collins a unirse a sus hijas en su paseo, y éste, que era en efecto más dado a pasear que a leer, se mostró encantado de cerrar su libro y marcharse.

Con frases altisonantes por parte de Collins y corteses asentimientos por la de sus primas, transcurrió el viaje hasta Meryton. A partir de entonces las dos más jóvenes no le prestaron atención. Sus ojos anduvieron recorriendo las calles en busca de los oficiales, y nada, a excepción de algún sombrero verdaderamente elegante o cierta muselina de moda, logró atraer su atención.

Pero la atención de todas las jóvenes se fijó pronto en un caballero a quien no conocían, de distinguido aspecto, que paseaba con un oficial al otro lado de la calle. El oficial era precisamente Mr. Denny, por cuyo regreso de Londres se interesaba tanto Lydia, y que las saludó cuando pasaron. Todas quedaron sorprendidas del porte del forastero y se preguntaron quién podría ser. Kitty y Lydia, decididas a averiguarlo, cruzaron la calle con la excusa de que necesitaban algo de la tienda de enfrente, y ganaron la acera cuando ambos caballeros, al volver, llegaban al mismo sitio. Denny se dirigió directamente a ellas y les suplicó que le permitieran presentarles a su amigo, Mr. Wickham, que había llegado con él de la capital el día anterior, y del cual tenía el honor de decir que había aceptado un destino en su regimiento. Eso era justamente lo único que faltaba, pues el joven sólo necesitaba un uniforme para resultar absolutamente encantador. Su aspecto era por demás favorable: poseía apostura, finos modales, buena figura y trato ameno. La presentación fue seguida, por parte de él, de una conversación en la que manifestó la más completa soltura, acompañada de la más absoluta corrección y sin las menores pretensiones; y todo el grupo seguía de pie, charlando gratamente, cuando se percibió ruido de caballos, y Darcy y Bingley aparecieron cruzando la calle. Al distinguir a las señoritas del grupo, los dos caballeros se dirigieron hacia ellas y comenzaron los saludos de rigor. Bingley fue quien habló más, y Jane su principal interlocutora. Aquél le informó que se encaminaban a Longbourn con el fin de enterarse de su estado de salud. Darcy lo corroboró con una inclinación; y comenzaba a tomar la resolución de no mirar a Lizzy a los ojos, cuando de pronto llamó su atención la presencia del forastero. Lizzy, que estaba pendiente de los gestos de Darcy, quedó asombrada del modo en que ambos hombres se miraban. Los dos cambiaron de color, tornándose uno pálido y otro rojo. Wickham, tras un instante, se llevó la mano al sombrero, saludo que Darcy se dignó devolver. ¿Qué podía significar eso? Era imposible imaginarlo; también ignorarlo por demasiado tiempo.

Un momento después Bingley, que no pareció enterarse de lo ocurrido, se despidió y siguió adelante con su amigo.

Denny y Wickham continuaron paseando con las muchachas hasta la puerta de la casa de Mr. Philips, y allí se despidieron, a pesar de los apremiantes ruegos de Lydia para que entrasen, y pese también a que Mrs. Philips, tras abrir la ventana, secundase en voz alta la invitación.

Mrs. Philips se alegraba siempre de ver a sus sobrinas. Las dos mayores, a quienes no había vuelto a ver desde la enfermedad de Jane, fueron en especial muy bien recibidas; y estaba

expresándoles su sorpresa por su rápido regreso a casa —de lo que, por no haber sido su coche el que las condujera, nada habría sabido de no topar en la calle con un aprendiz de Mr. Jones, casualmente, quien le había dicho que no tenían que enviar más medicinas a Netherfield porque Miss Bennet ya no se encontraba allí—, cuando Jane le presentó a Collins. Mrs. Philips lo acogió con la más exquisita educación, a la cual él correspondió con otra tanta, disculpándose por presentarse en la casa sin ser conocido, lo que, sin embargo, no impedía que él se enorgulleciese de encontrar su presencia allí justificada por su parentesco con las muchachas. Mrs. Philips quedó abrumada con tal exceso de buena educación, pero sus atenciones a semejante forastero acabaron pronto a causa de las exclamaciones y preguntas relativas al otro, del que sólo podía decir a sus sobrinas lo que ya sabían: que Denny lo había traído de Londres y que iba a desempeñar el cargo de teniente en aquella guarnición. Agregó que estaba observando a Denny a última hora, mientras paseaban arriba y abajo por la calle, cuando vio aparecer a Wickham. Kitty y Lydia habrían hecho con gusto algo semejante, pero, por desgracia, en la presente ocasión nadie pasaba bajo las ventanas, excepto unos pocos oficiales, que al lado del forastero resultaban estúpidos y desagradables. Algunos iban a comer con los Philips al día siguiente, y la tía les prometió hacer que su marido invitase a Wickham en el caso de que ellos viniesen por la tarde. Así quedó convenido y Mrs. Philips aseguró que organizarían una partida de lotería y luego cenarían. La perspectiva de tamañas delicias era muy grata, y las muchachas se marcharon muy complacidas. Collins repitió sus excusas al abandonar el lugar, aunque se le aseguró que eran innecesarias.

Al volver a casa, Lizzy refirió a Jane lo ocurrido entre los dos caballeros; pero aunque esta última sostenía que uno de ellos, o los dos, debían de haberse equivocado, tampoco halló una explicación a semejante conducta.

Collins, a su regreso, proporcionó mucha alegría a Mrs. Bennet ponderando los modales y la educación de Mrs. Philips. Aseguró que, excepto lady Catherine y su hija, nunca había visto mujer más atenta, porque no sólo le había recibido con la mayor de las cortesías, sino que, de hecho, lo había invitado para la próxima velada, aun cuando era la primera vez que lo veía. Suponía que tal vez se debiese a su parentesco con ellos, pero aun así jamás había sido objeto de tantas atenciones.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 16

Como no se hizo ninguna objeción al compromiso de las muchachas con su tía, y los escrúpulos de Collins por dejar solos a los señores Bennet fueron firmemente rechazados, el coche lo condujo temprano a Meryton en compañía de sus cinco primas, quienes al entrar en el salón tuvieron el gusto de oír que Wickham había aceptado la invitación de su tío y se encontraba ya en la casa.

Después de que todos hubieron tomado asiento, Collins se dedicó a contemplar cuanto le rodeaba, y quedó tan sorprendido por las dimensiones y el mobiliario de la habitación, que declaró que por un instante creyó hallarse en el comedor de verano de Rosings, comparación que, por el momento, no produjo gran entusiasmo. Pero en cuanto Mrs. Philips supo lo que era Rosings y quién su propietaria, cuando hubo escuchado la descripción de uno de los salones de aquella mansión y tuvo noticia de que sólo la chimenea había costado ochocientas libras, cambió de opinión y recibió el cumplido en toda su intención, y no le hubiese disgustado que se comparase su salón con la habitación del mayordomo de los Bourgh.

Collins describió a continuación las grandezas de lady Catherine y de su mansión, con ocasionales digresiones para alabar su humilde abadía y las mejoras que iba introduciendo, hasta que los otros caballeros se le unieron, encontrando en Mrs. Philips una oyente muy atenta, decidida a elevar su opinión de la persona y resuelta a repetirlo todo ante sus vecinas tan pronto como le fuera posible. A las muchachas, que no podían escuchar a su primo y no tenían otra cosa que hacer sino ansiar poder tener a mano un instrumento de música o examinar las insignificantes imitaciones de porcelana que había sobre la repisa de la chimenea, la espera se les hizo muy larga. Pero por fin los caballeros se aproximaron, y al entrar Wickham en la estancia advirtió Lizzy que ni antes lo había visto ni después pensado en él con excesiva admiración. Los oficiales de la guarnición gozaban de mucho crédito, y lo mejor de ellos se encontraba en aquella reunión; pero Wickham era tan superior a los demás en aspecto, ademanes y modo de andar, como ellos resultaban superiores al mofletudo tío Philips, que, oliendo a vino de Oporto, entró tras ellos en el salón.

Wickham era el hombre dichoso a quien todos los ojos femeninos se volvían, y Lizzy fue la feliz mujer junto a la cual acabó por sentarse; y el grato modo como al instante entabló conversación con ella, aunque sólo fuera para hablar de que la noche era húmeda y se avecinaba una temporada lluviosa, le hizo comprender que los tópicos más comunes, más necios, más usados, pueden resultar interesantes según la habilidad de quien los emplea.

Ante rivales como Wickham y los otros oficiales, que le disputaban la atención de las jóvenes, Collins pareció hundirse en la insignificancia; para ellas no era nadie, pero encontró aún, a intervalos, una amable interlocutora en Mrs. Philips, y estaba, debido a los cuidados de ésta, muy bien provisto de café y pastas.

Cuando se puso la mesa de juego vio la oportunidad de corresponder a dicha señora sentándose a jugar al whist con ella.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Conozco poco este juego por ahora —dijo—, pero me gustaría progresar en él, habida cuenta de mi situación en la vida.

Mrs. Philips quedó muy agradecida por su condescendencia, aunque no alcanzaba a entender sus razones.

Wickham no jugaba al whist, y con verdadero deleite fue recibido en otra mesa por Lizzy y Lydia. Al principio pareció que ésta iba a acaparar su atención, pues era muy habladora, pero como a la vez era en extremo aficionada a la lotería, pronto acabó interesándose sólo en el juego, y demasiado ocupada en apostar y soltar exclamaciones, no se hallaba en situación de prestar atención a nadie. Debido a esto, Wickham, sin dejar de atender el juego, quedó en libertad de departir con Lizzy, que deseaba escucharlo, aunque no esperaba que le contase lo que tanto ansiaba oír, esto es, la historia de su amistad con Darcy. Ni siquiera se atrevió a nombrar a dicho caballero. Pero su curiosidad quedó satisfecha de modo inesperado: el propio Wickham abordó el tema. Preguntó qué distancia había de Meryton a Netherfield, y tras recibir la contestación volvió a preguntar con inquietud cuánto hacía que estaba allí Mr. Darcy.

—Un mes, poco más o menos —contestó Lizzy; y como no quería abandonar el tema, añadió—: Creo que posee varias propiedades en el condado de Derby.

—Sí —contestó Wickham—, tiene una estupenda propiedad, y su renta asciende a diez mil libras anuales. No podría usted encontrar a nadie más apto que yo para darle informes verídicos sobre él, porque he estado relacionado especialmente con su familia desde la infancia.

Lizzy no pudo por menos que mirarlo con sorpresa.

—No me extraña que mi afirmación le sorprenda, Miss Bennet, después de haber visto, probablemente, la frialdad de nuestro encuentro ayer. ¿Tiene usted mucha relación con Mr. Darcy?

—Toda la que deseo tener —respondió Lizzy con vehemencia—. He pasado cuatro días en la misma casa que él y considero que es un hombre muy desagradable.

—Yo no tengo derecho a dar una opinión —dijo Wickham— respecto a si es agradable o no. Soy la persona menos apropiada para juzgarlo. Lo conozco desde hace demasiado tiempo, y sobradamente, para constituirme en juez imparcial. Pero creo que su opinión sobre él resulta sorprendente, y tal vez no la expresaría usted con tanta claridad en ningún otro sitio. Aquí está usted en familia.

—Le aseguro a usted que no digo aquí sino lo que diría en cualquier casa de la vecindad, menos en Netherfield. Todo el mundo está disgustado con su orgullo. No encontrará usted a nadie que hable favorablemente de él.

Tras una breve pausa, Wickham dijo:

—No puedo negar que lamento el que él o cualquier otra persona no sea estimada más de lo que corresponde a sus méritos, pero con él eso no suele ocurrir. La gente queda deslumbrada

por su fortuna y su influencia, o se atemoriza ante sus altivos e imponentes modales, y así, sólo lo ve como él quiere ser visto.

—Aunque sólo lo he tratado superficialmente, lo tengo por persona de mal genio.

Wickham se limitó a sacudir la cabeza.

—Me gustaría saber —dijo— si permanecerá por mucho tiempo en este condado.

—Lo ignoro. Cuando estuve en Netherfield no oí decir nada acerca de su marcha. Supongo que el que Darcy se encuentre en la vecindad no afectará sus planes relativos a quedarse en esta guarnición.

—En modo alguno me iré porque Mr. Darcy esté aquí. Si desea evitar verme, él será quien haya de partir. Nuestra relación no es buena, y me molesta tropezar con él, pero tengo otra razón para evitarlo que la que puedo proclamar ante todo el mundo: el creer haber sido muy maltratado, y mi pesar de que él sea como es. Su padre, Miss Bennet, el difunto Mr. Darcy, fue el mejor hombre que ha existido y el amigo más verdadero que tuve jamás, y así, nunca puedo hablar con Darcy sin que mil tiernos recuerdos atormenten mi alma. Su conducta para conmigo ha sido escandalosa, pero confieso sinceramente que olvidaría mejor cualquier cosa suya que el haber frustrado las esperanzas y deshonrado la memoria de su padre.

Lizzy observaba que el interés del asunto iba en aumento, y escuchaba con la mayor atención, pero la índole delicada del mismo no le permitía preguntar más.

Wickham comenzó a hablar de lugares comunes: Meryton, sus alrededores y sociedad, mostrándose muy complacido de cuanto había visto, y hablando, especialmente de lo último, con fina y patente galantería.

—La perspectiva de poder frecuentar la buena sociedad —añadió—, ha sido el principal atractivo para entrar en el regimiento del condado. Sabía que era un cuerpo muy respetado, muy agradable, y mi amigo Denny me tentó, además, describiéndome su actual residencia y contándome las grandes atenciones y las excelentes relaciones que Meryton le ha procurado. La sociedad, lo confieso, me es necesaria. Soy un hombre amargado y mi espíritu no soporta la soledad. Necesito ocupación y trato. La vida militar no es lo que yo creía, pero las circunstancias me han obligado a recurrir a ella. Mi profesión debió de ser la de clérigo, para ello estaba educado, y mi situación sería ahora muy ventajosa si así lo hubiera decidido el caballero de quien ahora mismo estábamos hablando.

—¿De veras?

—Sí; el difunto Mr. Darcy me legó la primera vacante del mejor beneficio eclesiástico que hubiese en sus dominios. Era mi padrino y me quería entrañablemente. Jamás haré bastante justicia a su bondad. Proyectaba ayudarme, y creyó haberlo hecho; pero cuando se produjo la vacante del beneficio, éste fue dado a otro.

—¡Cielos! —exclamó Lizzy—; pero ¿cómo pudo ser eso? ¿Cómo se pudo prescindir de la voluntad del padre? ¿Por qué no acudió usted a la justicia?



—En la redacción del legado había un defecto de forma, de modo que no abrigaba esperanzas de tener garantías de éxito. Un hombre de honor no habría dudado de la intención, pero Darcy prefirió dudar o tomarlo como una recomendación meramente condicional, afirmando que yo había perdido todo derecho por derrochador e imprudente; en suma, por nada. Lo cierto es que el beneficio quedó vacante hace dos años, cuando yo tenía edad para ocuparlo, y fue concedido a otro. Y no es menos cierto que no puedo acusarme de haber hecho nada para merecer perderlo. Tengo un temperamento ardiente, soy indiscreto, y acaso haya expuesto algunas veces mi opinión sobre él, y aun a él mismo, con excesiva sinceridad. No puedo recordar nada peor en mi conducta. Pero el hecho es que somos hombres muy diferentes y él me odia.

—Eso es verdaderamente espantoso. Merece quedar desacreditado en público.

—Más tarde o más temprano sucederá, pero no seré yo quien lo haga. Mientras no logre olvidar a su padre no puedo provocarlo ni comprometerlo.

Lizzy elogió tales sentimientos y encontró a su interlocutor más guapo y encantador.

—Pero —continuó tras un silencio—, ¿qué puede haber dado motivo para eso? ¿Qué puede haberle inducido a obrar con tanta crueldad?

—Una aversión firme y absoluta hacia mí, que sólo puedo atribuir a los celos. Si el difunto Mr. Darcy me hubiera querido menos, su hijo me habría tolerado mejor; pero el extraordinario afecto de su padre hacia mí le molestó, según creo, desde temprana edad. No tenía carácter para hacer frente a aquella especie de competencia en que nos hallábamos y a la preferencia que su padre me dispensaba a menudo.

—No imaginaba que Darcy fuese tan malvado, pues aunque nunca me ha gustado, jamás he pensado de él tan mal. Había juzgado que despreciaba a la gente en general, pero no sospeché que llegara a tan maligna venganza, a tal injusticia, a semejante falta de humanidad. —Tras unos minutos de reflexión, añadió—: Recuerdo que un día se jactaba en Netherfield de lo implacable de sus sentimientos, de tener un carácter que no perdonaba. Debe de tener un temperamento terrible.

—Prefiero no calificarlo —replicó Wickham—; me resulta difícil ser justo con él.

Lizzy meditó de nuevo y exclamó:

—¡Tratar de semejante manera al ahijado, al amigo, al favorito de su padre! —Y podría haber añadido: «A un joven, además, como usted, cuyo solo aspecto revela su amabilidad», pero se limitó a decir—: Y a uno, además, que acaso haya sido su compañero de juegos en la infancia, y, según creo que me ha dicho, su amigo íntimo.

—Él y yo nacimos en la misma parroquia, pasamos juntos la mayor parte de nuestra juventud, viviendo en la misma casa, participando en los mismos juegos, siendo objeto de los mismos cuidados paternos. Mi padre comenzó ejerciendo la misma profesión que su tío, Mr. Philips, pero lo abandonó todo para ponerse a disposición de Mr. Darcy, y consagró su tiempo al cuidado de la hacienda de Pemberley. El difunto Mr. Darcy lo estimaba mucho, lo consideraba su mejor amigo y confidente, por eso poco antes de fallecer mi padre le prometió que cuidaría

de mí, y estoy seguro de que lo hizo tanto para pagar una deuda de gratitud como por afecto hacia mí.

—¡Qué extraño! —exclamó Lizzy—. Me asombra que el mismo orgullo de Mr. Darcy no le haya hecho ser justo con usted. Si no por otro motivo, por ser lo bastante orgulloso para ser honrado, ya que su proceder no es otra cosa que falta de honradez.

—Es raro, en efecto —dijo Wickham—, porque en casi todas sus acciones se revela el orgullo, y el orgullo ha sido siempre su mejor amigo. El orgullo ha ido unido a la virtud más que cualquier otro sentimiento. Pero en nuestro caso ninguno de los dos se atuvo a su carácter, y en su conducta para conmigo hubo impulsos más fuertes que el orgullo.

—¿Es posible que un orgullo tan abominable haya podido producir en él algún bien?

—Sí, con frecuencia lo ha arrastrado a ser generoso, a dar su dinero, a mostrarse hospitalario, a ayudar a sus arrendatarios, a socorrer al pobre. El orgullo de familia, orgullo de hijo, porque está muy orgulloso de lo que era su padre, lo han inducido a obrar así. El deseo de hacer ver que no desmerecía a su familia, que no disminuía en cuanto a popularidad ni perdía la influencia de la casa de Pemberley, ha sido su poderoso acicate. Tiene también una obsesión fraternal que, unida a una leve manifestación de cariño, lo ha convertido en amable y solícito tutor de su hermana. Más de una vez oirá usted que es tenido por el mejor hermano que puede haber.

—¿Qué tal clase de muchacha es Miss Darcy?

Él sacudió la cabeza.

—Desearía poder definirla como amable; me da pena hablar mal de un Darcy. Cuando niña era afectuosa y complaciente, y sentía gran afecto por mí, que he consagrado horas a su entretenimiento. Pero en la actualidad no representa nada para mí. Es una muchacha bella, entre los quince y los dieciocho años, y creo que muy bien educada. Desde la muerte de su padre ha residido en Londres con una señora que cuida de su educación.

Tras muchas pausas y muchos intentos de abordar otros asuntos, Lizzy no pudo impedir volver de nuevo al primer tema, diciendo:

—Estoy asombrada de la intimidad de Darcy con Mr. Bingley. ¿Cómo éste, que parece el buen humor en persona y que es, así lo creo, sincera y verdaderamente amable, puede ser amigo de semejante hombre? ¿Cómo pueden avenirse el uno con el otro? ¿Conoce usted a Mr. Bingley?

—No, en absoluto.

—Es un hombre encantador, afable y complaciente; no creo que sepa quién es Mr. Darcy en realidad.

—Probablemente lo ignore, pero Darcy puede mostrarse agradable cuando le conviene. No necesita esforzarse. Sabe ser compañero atractivo si piensa que eso vale el tiempo que emplee en ello. Entre quienes son sus iguales en posición es muy distinto que con los inferiores. Su arrogancia jamás lo abandona, pero con el rico se muestra liberal, justo, sincero, razonable, honrado, incluso hasta agradable, a lo cual contribuyen su fortuna y su figura.



Una vez terminada la partida de whist, los jugadores se congregaron alrededor de la otra mesa, y Collins se situó entre su prima Lizzy y Mrs. Philips. Ésta le hizo las preguntas de rigor sobre el resultado del juego. No había tenido suerte, pero cuando la señora comenzó a expresar lo mucho que lo lamentaba, él le aseguró con la mayor gravedad que la cosa no revestía importancia, ya que consideraba poca cosa el dinero, y le suplicó que no se inquietase por ello.

—Sé muy bien, señora, que cuando uno se sienta ante una mesa de juego ha de someterse al azar, y, felizmente, no estoy en situación de conceder importancia a cinco chelines. Sin duda habrá muchos que no podrían decir lo mismo, pero gracias a lady Catherine de Bourgh estoy muy lejos de necesitar fijarme en tales pequeñeces.

Wickham dirigió entonces la atención a él, y tras observarlo por unos minutos, preguntó en voz baja a Lizzy si su pariente estaba muy relacionado con la familia De Bourgh.

—Lady Catherine de Bourgh —respondió ella— le ha concedido hace poco un beneficio eclesiástico. Ignoro quién lo recomendó, pero estoy segura de que no hace mucho que se conocen.

—Usted sabrá, con seguridad, que lady Catherine de Bourgh y lady Anne Darcy eran hermanas, y que, por consiguiente, aquélla es hoy día la tía de Mr. Darcy.

—No, no sabía nada de los parentescos de lady Catherine. Nunca había oído hablar de ella hasta anteayer.

—Su hija, Miss de Bourgh, poseerá una enorme fortuna, y dicese que ella y su primo unirán los dos patrimonios.

Esta noticia hizo sonreír a Lizzy, que se acordó de Miss Bingley. Vanas eran, en efecto, las atenciones de ésta, inútiles las alabanzas que dirigía a su hermana así como los elogios dedicados a él si Darcy estaba destinado a otra.

—Mr. Collins —añadió Lizzy— habla encomiosamente de Lady Catherine y de su hija, pero por algunos detalles que ha contado de Su Señoría, sospecho que la gratitud le engaña y que, a pesar de ser su protectora, se trata de una mujer arrogante y vanidosa.

—Opino que es ambas cosas —dijo Wickham—. Hace muchos años que no la veo, pero recuerdo muy bien que jamás me gustó y que sus modales eran dictatoriales e insolentes. Tiene fama de ser extremadamente perspicaz, y aun así pienso que parte de su talento proviene más bien de su rango y su fortuna; otra, de sus modales autoritarios, y el resto, la arrogancia de su sobrino, quien cree que cuantos se relacionan con él han de poseer una inteligencia privilegiada.

Lizzy confesó que se había expresado de manera muy razonable, y ambos continuaron hablando con satisfacción hasta que la cena puso fin a la partida de cartas y proporcionó a las demás mujeres parte de la atención de Wickham, cuya charla se veía interrumpida por los comentarios de Mr. Philips, pero sus modales resultaron agradables a todas. Cuanto decía lo decía bien y cuanto hacía estaba bien hecho. Lizzy se marchó con la imagen de él profundamente grabada en su espíritu. No pudo pensar sino en Wickham y en cuanto éste le había dicho, mientras se dirigían a su casa; pero no tuvo ocasión de mencionar su nombre en todo el camino, pues ni

Lydia ni Collins dejaron de hablar. Aquella habló sin parar de sus pérdidas y ganancias en la lotería, y en cuanto a éste, ni por un instante dejó de elogiar la finca de los Philips, asegurar que no le hacían mella sus pérdidas en el whist, enumerar los platos de la cena y repetir varias veces lo molesto que debía de ser para sus primas soportar su verborrea, a pesar de lo cual continuó con ella hasta llegar a Longbourn.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 17

Al día siguiente, Lizzy refirió a Jane su conversación con Wickham. Jane la escuchó con asombro e interés, no acertaba a creer que Darcy mereciese tan poca estimación de parte de Wickham y, no obstante, no dudaba de la veracidad de un joven de tan estimable aspecto. La mera posibilidad de que hubiera soportado tales crueldades era suficiente para afectarla profundamente, y por consiguiente no podía hacer otra cosa que pensar bien de los dos, defender la conducta de ambos y atribuir a casualidad o a error lo que no podía explicarse de otro modo.

—Los dos —decía— han sido engañados de una manera u otra, y es imposible que sepamos cómo. Es probable que alguna persona malintencionada los haya indispuerto mutuamente. En suma, no estamos en condiciones de conjeturar las causas o circunstancias que los han enemistado, sin que por ello ninguno de los dos sea culpable. —Muy cierto; y ahora, querida Jane, ¿qué vas a decir en favor de esa persona interesada que por lo visto ha tomado cartas en el asunto? Justifícala también, o habremos de pensar mal de alguien.

—Ríete si quieres, pero no harás que cambie de opinión. Considera, queridísima Lizzy, en qué desgraciada situación se hallaría Mr. Darcy si fuese cierto que ha tratado de semejante modo al favorito de su padre, a quien había prometido cuidar. No es posible. Nadie de mínimos sentimientos humanitarios, y menos aún consciente de su propia reputación, puede ser capaz de ello. ¿Es posible que sus más íntimos amigos vivan tan engañados respecto a él? ¡Oh, no!

—Creería que Mr. Bingley estaba enterado antes de pensar que Mr. Wickham puede haber inventado tal historia. Anoche me refirió nombres, hechos, y todo sin rodeos. Si lo que ha dicho no es cierto, que lo refute Mr. Darcy. Además, su mirada revelaba que no mentía.

—Es un caso difícil y desconcertante. No sé qué pensar. —Yo, en cambio, sí sé qué pensar —replicó Lizzy. Pero Jane sólo podía dar por cierta una cosa: que si Bingley estaba al corriente sufriría mucho cuando el asunto se hiciese público.

Las dos fueron sorprendidas en el jardín, donde conversaban, por la llegada de algunas de las personas de quienes hablaban: Bingley y sus hermanas. Venían a invitarlas personalmente al baile de Netherfield, tan esperado desde hacía tiempo, y que se había fijado para el martes siguiente. Las dos Bingley se congratularon de volver a ver a su amiga y le preguntaron, como de pasada, qué había hecho desde su partida. Al resto de la familia dedicaron escasos cumplidos, huyendo de Mrs. Bennet todo lo posible, hablando poco con Lizzy y nada con las demás. Se marcharon pronto, lo cual sorprendió a su hermano y haciendo todo lo posible para librarse de las cortesías de Mrs. Bennet.

La perspectiva del baile de Netherfield colmaba de alegría a todas las mujeres de la familia. Mrs. Bennet lo consideró un obsequio dedicado a su hija mayor, y se jactaba de modo especial de haber recibido la invitación del propio Bingley, no por medio de ceremoniosa tarjeta. Jane fantaseaba sobre una velada feliz en compañía de sus amigas y las atenciones del hermano de éstas, y Lizzy pensaba con deleite en bailar mucho con Wickham y en la certeza de confirmar la consabida historia en las miradas y conducta de Darcy. La dicha que se prometían Kitty y Lydia

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



era más independiente de determinados sucesos y personas, porque aunque ambas pensaban, al igual que Lizzy, bailar con Wickham la mitad de la noche, no era la única pareja que podía satisfacerlas, y de todos modos, un baile era un baile. Hasta Mary aseguró a su familia que no le desagradaba.

—Mientras pueda disponer de las mañanas para mí —dijo— es suficiente. No supone un sacrificio participar, de vez en cuando en esa clase de veladas. La sociedad nos reclama a todos, y considero que a nadie viene mal un poco de recreo y diversión.

Tan animada estaba Lizzy en aquellos momentos, que, aun cuando no le gustaba conversar con Collins, no pudo evitar preguntarle si proyectaba aceptar la invitación de Bingley y si tendría inconveniente en concurrir al baile. Quedó sorprendida cuando él, sin ninguna clase de escrúpulo ni temor a reproche alguno del arzobispo o lady Catherine, respondió que aceptaba la invitación.

—Te aseguro que de ninguna manera creo que los bailes de ese género, ofrecidos por un joven respetable a personas igualmente respetables, puedan tener nada de malo, y tan lejos estoy de censurar el baile, que espero verme honrado con la mano de todas mis bellas primas durante la velada; y así, aprovecho esta oportunidad para solicitar la de Lizzy para las dos primeras piezas en especial, preferencia que confío mi prima Jane comprenda que no es falta de consideración para con ella.

Lizzy se vio comprometida. Se había propuesto quedar de acuerdo con Wickham para esos mismos bailes, ¡y tendría que bailar con Collins! Su propia pregunta la había condenado. La felicidad de Wickham y la suya propia tendrían que aplazarse, y aceptó la proposición de Collins de tan buen talante como le fue posible. Y no dejó de sentirse menos contrariada al pensar que la galantería tal vez ocultase algo más. Entonces se le ocurrió que quizá ella fuese la elegida entre las hermanas para ser señora de la abadía de Hunsford y ayudar a completar la mesa de cuatrillo de Rosings en ausencia de más escogidos visitantes. La idea se convirtió pronto en convicción cuando observó que Collins se mostraba cada vez más pródigo en elogios hacia ella por su ingenio y vivacidad; y aunque más asombrada que contenta por el efecto de sus encantos, no pasó mucho sin que su madre le diera a entender que la posibilidad de su matrimonio le era extremadamente grata. Lizzy, no obstante, no quiso darse por aludida, ya que estaba convencida de que si replicaba daría origen a una seria disputa. Collins tal vez no hiciera nunca tal proposición, y aunque la hiciese era inútil pelear hasta que no llegase el momento.

Si no hubiera sido por los preparativos para asistir al baile en Netherfield y por hablar constantemente del mismo, la menor de las Bennet se habría visto en situación bien desgraciada, porque desde el día de la invitación sobrevino tal racha de lluvias que impidió ir a

Meryton una sola vez. No se pudo ver a la tía, ni a los oficiales, ni andar a la caza de noticias, y aun los preparativos para Netherfield tuvieron que procurárselos por encargo. Incluso Lizzy hubo de ver con paciencia cómo su relación con Wickham se veía interrumpida, y nada inferior al baile del martes habría hecho soportable a Kitty y Lydia un viernes, sábado, domingo y lunes como aquéllos.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?

Capítulo 18

Hasta que Lizzy entró en el salón de Netherfield y buscó en vano a Wickham entre el grupo de oficiales de casaca roja, jamás se le había ocurrido dudar de que estaría presente. La seguridad de hallarlo no se había visto contrariada por ningún recuerdo que pudiera, no sin razón, haberla alarmado. Se había vestido con más esmero que de ordinario y preparado interiormente para conquistar su corazón definitivamente. Pero de pronto la asaltó la terrible sospecha de que, por deferencia a Darcy, Bingley hubiese eliminado a Wickham de la lista de invitados, y aunque el caso no era ése, su ausencia le fue comunicada por Mr. Denny, a quien Lydia se dirigió ansiosa, y el cual dijo que el día anterior Wickham se había visto obligado a ir a la capital por asuntos de negocios y que aún no había regresado; con una sonrisa significativa, añadió:

—No creo que sus negocios lo hubiesen reclamado hoy precisamente si no hubiera deseado evitar aquí a cierto caballero.

El sentido de estas palabras no fue comprendido por Lydia, pero sí por Lizzy, y cuando ésta se aseguró de que Darcy era responsable de la ausencia de Wickham, todos sus sentimientos de desagrado hacia aquél se exacerbaron de tal modo que apenas pudo contestar con cortesía a las finas preguntas que él le dirigió poco después. Ser atenta con Darcy significaba injuriar a Wickham. Decidió que evitaría dirigirle la palabra y ni siquiera se esforzó por simular su mal humor al hablar con Bingley, cuya ciega parcialidad le irritaba.

Pero Lizzy no estaba hecha para permanecer enfadada por mucho tiempo, y aunque todos sus proyectos sobre la velada quedaban esfumados, consiguió muy pronto reponerse, y así, tras comunicar su pesadumbre a Charlotte Lucas, a quien no había visto en una semana, le habló de las rarezas de su primo y acabó por presentárselo. Pero los dos primeros bailes volvieron a sumirla en la aflicción. Fueron bailes mortificantes. Collins, torpe y solemne, disculpándose en lugar de fijarse, y moviéndose a destiempo, hizo que se sintiera todo lo disgustada y avergonzada que una muchacha puede sentirse ante una pareja molesta. El momento de verse libre de él la hizo feliz. Bailó la pieza siguiente con un oficial, con quien tuvo la alegría de hablar de Wickham y oír que era estimado por todos. Cuando terminó regresó junto a Charlotte y se puso a conversar con ella, cuando de repente Darcy la sorprendió pidiéndole un baile, hasta el punto que, sin percatarse de lo que hacía, se lo concedió. Él se marchó enseguida, y ella quedó disgustada consigo mismo por su falta de presencia de ánimo. Charlotte trató de consolarla.

—Estoy convencida de que lo encontrarás muy agradable.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—¡No lo quiera el Cielo! ¡Ésa sería la mayor desgracia! ¡Encontrar agradable a un hombre a quien se ha decidido odiar! No me desees semejante mal.

Cuando se reanudó la danza y Darcy se aproximó a ellas, Charlotte no pudo evitar recomendar a su amiga, en susurros, que no fuese tonta ni permitiese que el recuerdo de Wickham la hiciera parecer desagradable a los ojos de un hombre que valía diez veces más que aquél. Lizzy no contestó y ocupó su sitio, confusa y maravillada de haber ascendido a la categoría de acompañante de Darcy, sorpresa que pudo leer en la expresión de quienes la contemplaban. Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase palabra, y ella comenzaba a imaginar ya que su silencio se prolongaría, resuelta en principio a no romperlo, cuando de pronto, pensando que el mayor castigo para su pareja sería obligarle a hablar, hizo cierto comentario sin importancia sobre la velada. Él contestó y quedó otra vez callado. Tras una pausa de algunos minutos, Lizzy se dirigió a él por segunda vez, diciendo:

—Ahora es su turno, Mr. Darcy. Yo he hablado sobre la velada y a usted le corresponde hacer alguna observación sobre las dimensiones de la sala o el número de parejas.

Él sonrió y le aseguró que diría lo que ella quisiese.

—Muy bien. Esa respuesta es suficiente por el momento. Acaso a continuación pueda comentar que los bailes particulares son más agradables que los públicos; pero por ahora podemos seguir callados.

—¿Suele usted hablar cuando baila?

—En ocasiones. Es preciso hablar un poco, pues de lo contrario parecería extraño estar juntos en silencio durante media hora; pero, en beneficio de algunos, la conversación debería desarrollarse de modo que se diga lo menos posible.

—¿Se refiere usted en eso a sus propios sentimientos o piensa que complace los míos?

—Las dos cosas —contestó Lizzy con ingenio—; porque he comprobado que nuestros temperamentos se parecen. Ambos somos insociables, taciturnos, enemigos de hablar a menos que esperemos decir algo que deje boquiabierto a quien escucha y pase a la posteridad con el brillo de un proverbio.

—Estoy seguro de que ésa no es una definición de su carácter. En cuanto a lo que su descripción pueda parecerse al mío, es algo que no confesaré. Usted, sin embargo, lo juzga fiel retrato.

—No soy quién para juzgar mis propias obras.

Él no contestó, y llevaban camino de permanecer de nuevo en silencio hasta que concluyese el baile, cuando le preguntó si ella y sus hermanas iban a menudo a Meryton. Ella contestó afirmativamente, e incapaz de resistir a la tentación, añadió:

—Cuando el otro día nos encontró usted acabábamos precisamente de hacer una nueva amistad.

El efecto fue inmediato. Una expresión de arrogancia ensombreció las facciones de Darcy, pero éste no dijo una palabra, y Lizzy, aun culpándose por su propia debilidad, no osó proseguir. Al fin, Darcy habló, y de modo forzado dijo:

—Mr. Wickham está dotado de tan gratos modales, que no le resulta difícil hacer amigos. Menos seguro es que sea igualmente capaz de conservarlos.

—Ha tenido la desgracia de perder la amistad de usted —replicó Lizzy con énfasis—, y de tal modo que habrá de lamentarlo siempre.

Darcy no contestó y pareció deseoso de cambiar de tema. En aquel momento sir William Lucas se acercaba con la intención de cruzar por aquel sitio el salón, pero al ver a Darcy se detuvo y tras inclinarse ante él, lo felicitó por lo bien que bailaba y la pareja que tenía.

—He tenido sumo placer, estimado señor. Tan excelente modo de bailar no se ve con frecuencia. Queda claro que pertenece usted a la más alta sociedad. Permítame decirle, además, que su bella pareja también lo hace maravillosamente y que espero gozar repetidas veces del placer de verlos bailar, en especial cuando un acontecimiento en verdad deseable, querida Lizzy —dijo mirando a Jane y a Bingley—, se produzca. ¡Cuánta dicha ha de proporcionarnos! Apelo a Mr. Darcy, pero no quiero interrumpir, señor mío, la encantadora conversación de esta señorita, cuyos grandes ojos me amonestan con severidad.

La última parte del discurso apenas fue escuchada por Darcy, pero la alusión de sir William a su amigo pareció impresionarle sobremanera, y dirigió la mirada con expresión de seriedad hacia Bingley y Jane, que bailaban juntos. Sin embargo, se repuso pronto y volviéndose hacia Lizzy, dijo:

—La interrupción de Sir William me ha hecho olvidar de qué estábamos hablando.

—Yo tampoco lo recuerdo. No ha podido sir William interrumpir a dos personas en este salón que tuvieran menos que decirse. Hemos tratado ya, sin resultado, de dos o tres cosas, y no acierto a imaginar de qué podríamos hablar.

—¿Qué piensa usted de los libros? —preguntó él entre risas.



—¡Los libros! Estoy segura de que nunca leemos los mismos, o por lo menos con idénticos sentimientos.

—Lamento que lo crea así, pues al menos nos proporcionaría tema de conversación. Podríamos comparar nuestras respectivas opiniones.

—No, no puedo hablar de libros en un salón de baile, donde mi cabeza está siempre llena de otras cosas.

—En tales circunstancias siempre le preocupa el presente, ¿no es verdad? —dijo él con una sonrisa que revelaba cierta duda.

—Sí, siempre —contestó ella sin saber lo que decía, pues su pensamiento había volado lejos, según reveló después al exclamar repentinamente—: Recuerdo haberle oído decir en una ocasión que usted casi nunca perdonaba, que su resentimiento era implacable. Supongo, pues, que será muy cauto respecto de lo que puede provocarlo.

—Lo soy —respondió él con firmeza.

—¿Y nunca permite que algún prejuicio lo ciegue?

—Creo que no.

—Los que jamás cambian de opinión deben asegurarse de juzgar bien al principio.

—¿Puedo preguntar qué intenta con esas preguntas?

—Sencillamente, desentrañar su carácter —respondió ella tratando de reprimir un tono grave—. Estoy tratando de descifrarlo.

—Y ¿cuál es el resultado?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo consigo. Oigo tan encontradas opiniones sobre usted que me siento confusa.

—Reconozco —dijo él con gravedad— que las opiniones sobre mí difieren mucho, y desearía, Miss Bennet, que no intentase usted estudiar mi carácter, pues tengo razones para pensar que no favorecerá a nadie.

—Es que si no lo consigo ahora, es posible que no vuelva a tener ocasión de hacerlo.

—No querría en modo alguno demorar sus deseos —replicó él fríamente.

Ella no dijo nada, y terminado el baile se separaron en silencio, disgustados ambos, aunque no en igual grado, porque en el pecho de Darcy anidaba un poderoso sentimiento hacia ella, y de pronto la perdonó, dirigiendo toda su ira contra otra persona.



No hacía mucho que se habían separado, cuando Miss Bingley se acercó a Lizzy y, con expresión de cortesía y desdén a la vez, le habló así:

—¡Vaya, Lizzy! He oído que está usted encantada con George Wickham. Su hermana ha estado hablándome de ello y haciéndome preguntas, y creo que ese joven olvidó decirle, entre lo que le comunicó, que era hijo del anciano Wickham, el último administrador de Mr. Darcy. Permítame usted, sin embargo, recomendarle como amiga que no crea todas sus afirmaciones, porque en cuanto a que Mr. Darcy le haya tratado mal, es una falsedad, pues, por el contrario, siempre ha sido muy amable con él, aunque George Wickham se haya conducido del modo más infame. No conozco los pormenores, pero sé muy bien que Mr. Darcy no ha hecho nada censurable. Es cierto que no soporta oír hablar de George Wickham, y que, aun opinando mi hermano que no podía evitar incluirlo en su lista de invitados, se alegró mucho al saber que se había marchado. El que haya venido a este condado es una verdadera insolencia, y no comprendo que se haya atrevido a hacerlo. La compadezco, Lizzy, por este descubrimiento de la maldad de su admirado Mr. Wickham, pero en realidad, considerando su origen, nada mejor podría esperarse de él.

—Por lo visto, su culpa y su origen le parecen a usted lo mismo —dijo Lizzy, enfadada—, porque no la he oído acusarlo de nada peor que de ser hijo del administrador de Mr. Darcy, y de eso, se lo aseguro a usted, él mismo me informó.

—Perdóneme —contestó Miss Bingley con tono burlón—; dispense mi intromisión; la intención era buena.

¡Insolente!, se dijo Lizzy. Estás muy equivocada si piensas influir en mí con tan mezquino ataque. No veo en él sino tu terca ignorancia y la malicia de Mr. Darcy.

Entonces miró a su hermana mayor, quien se había arriesgado a interrogar a Bingley sobre el mismo asunto, y Jane le contestó con una mirada tan complaciente, con una expresión tan feliz, que ponía de manifiesto lo satisfecha que estaba con lo ocurrido en aquella velada. Lizzy leyó al instante en su rostro tales sentimientos, y su solicitud por Wickham, su resentimiento contra los enemigos de éste, y todo lo demás desapareció ante la esperanza de que Jane había encontrado la senda de la felicidad.

—He de saber —dijo con semblante no menos risueño que el de su hermana— qué has oído acerca de Mr. Wickham. Pero acaso hayas estado demasiado gratamente ocupada para pensar en otra persona, y en tal caso puedes estar segura de que lo comprendo.

—No —repuso Jane—, no lo he olvidado; pero no tengo nada satisfactorio que comunicarte. Bingley no conoce toda la historia, e ignora las circunstancias que de modo particular ofendieron a Mr. Darcy. Sin embargo, garantiza la buena conducta, la probidad y la honradez de su amigo, y está firmemente convencido de que Mr. Darcy ha



merecido de Mr. Wickham muchas menos atenciones de las que ha recibido, y lamento agregar que, según él y su hermana, Mr. Wickham no es un caballero respetable. Temo que sus imprudencias le hicieron perder la estima de Mr. Darcy.

—¿Conoce personalmente Bingley a Wickham?

—No, nunca lo había visto hasta la otra mañana, en Meryton.

—Entonces, todo eso es lo que a él le ha dicho Darcy. Estoy satisfecha por completo. Pero ¿qué dice él del beneficio eclesiástico?

—No recuerda con exactitud las circunstancias, aunque más de una vez las ha oído de boca de su amigo, pero cree que sólo le fue legado condicionalmente.

—No dudo de la sinceridad de Mr. Bingley —dijo con vehemencia Lizzy—, pero sus afirmaciones no bastan para convencerme. La defensa que hace de su amigo es muy hábil; no obstante, como desconozco varias partes de la historia y sólo conozco el resto por él, mi opinión acerca de ambos seguirá siendo la misma.

En este punto, cambiaron de tema de conversación por otro más grato para ambas en el que no cabía diferencia de sentimientos. Lizzy escuchó con gusto las felices aunque modestas esperanzas que Jane abrigaba respecto a Bingley, y trató de animarla a fin de aumentar su confianza. Al unírseles el propio Bingley, Lizzy se dirigió a Miss Lucas, a cuyas preguntas sobre la opinión que le merecía su última pareja apenas pudo contestar antes de que se presentase Collins diciéndoles, con el mayor júbilo, que había tenido la fortuna de hacer el más importante descubrimiento.

—He descubierto —dijo—, por una singular casualidad, que en este mismo salón se encuentra un pariente próximo de mi protectora. Me he complacido en escuchar que el propio caballero mencionaba a la joven dama que honra esta casa los nombres de su prima, Miss de Bourgh y de la madre de ésta, lady Catherine. ¡De qué modo tan maravilloso ocurren estas cosas! ¡Cómo habría podido imaginar que iba a encontrarme con un sobrino de lady Catherine de Bourgh en esta reunión! Estoy feliz de haber hecho el descubrimiento a tiempo de poder ofrecer mis respetos a ese caballero, lo que voy a hacer ahora mismo, y confío en que me perdone por no haberlo hecho antes. Mi absoluto desconocimiento del parentesco me eximirá de toda culpa.

—¿Te presentarás tú mismo a Mr. Darcy?

—Por supuesto que sí. Le pediré perdón por no haberlo hecho con anterioridad. Creo que es sobrino de lady Catherine. Podré comunicarle que su distinguida tía se encontraba muy bien la otra noche.

Lizzy intentó en vano disuadirlo de dar un paso tan inconveniente, asegurándole que Darcy iba a considerar el que se dirigiese a él sin previa presentación como una

impertinencia más bien que como un cumplido a su tía; que no había la menor necesidad de que se conocieran, y aun habiéndola, correspondía a Darcy, por ser superior en categoría, iniciar la relación. Collins la escuchó, decidido a seguir su propia inclinación, y cuando cesó de hablar, contestó:

—Lizzy, tengo la más elevada opinión de tu excelente juicio en toda clase de asuntos, como corresponde a tu inteligencia, pero permíteme manifestarte que ha de mediar gran diferencia entre las fórmulas de ceremonia establecidas para los legos y las referentes a los clérigos. Debes saber que considero esta profesión comparable, en cuanto a dignidad, al más alto rango del reino, con tal de que quien la posea guarde, al mismo tiempo, una conducta apropiadamente humilde. Habrás de permitirme, pues, seguir en esta ocasión los dictados de mi conciencia, que me impulsan a llevar a cabo lo que considero un deber. Perdóname, pues, el que no haga caso de tus advertencias, que en todos los demás asuntos serán mi guía constante, y por creer que en este caso soy más apto que una joven como tú, por educación y por estudio, para decidir qué debe hacerse.

Y con una profunda inclinación la dejó, dirigiéndose hacia Darcy, que al instante manifestó su sorpresa al verse abordado por aquel desconocido. Lizzy observaba la escena con ansiedad. Collins inició la presentación con una solemne cortesía, y aunque Lizzy no podía oírlo, experimentó los mismos sentimientos que si lo oyera, advirtiendo, por el movimiento de labios, que pronunciaba las palabras «disculpa», «Hunsford» y «lady Catherine». La irritaba ver a su primo quedar en ridículo de aquel modo. Darcy observaba azorado a su interlocutor, y cuando éste, por fin, le dio lugar para hablar, contestó con aire de fría cortesía. Pero Collins no se desanimó, y habló de nuevo, y el desprecio de Darcy pareció aumentar debido a la duración del segundo discurso, y así, al final no hizo sino una ligera inclinación y se marchó a otro lugar. Entonces Collins regresó adonde estaba Lizzy.

—Te aseguro —le dijo— que no tengo motivos para quedar descontento del recibimiento. Mr. Darcy parecía muy complacido por mi atención. Me ha contestado con la mayor finura, y hasta me hizo el cumplido de decir que estaba tan convencido del buen juicio de Lady Catherine que daba por seguro que jamás dispensaría un favor sin que se mereciera. Ésa ha sido, en verdad, una idea hermosa. En resumen, quedo muy satisfecho de él.

Como Lizzy no tenía el menor interés en proseguir, consagró su atención casi por entero a su hermana y a Bingley, y el cúmulo de reflexiones agradables a que dieron lugar sus observaciones hicieron que se sintiera tan dichosa como Jane. Le parecía verla establecida en aquella misma casa, gozando de la dicha que proporciona un matrimonio por verdadero amor, y se sintió capaz, en tales circunstancias, hasta de procurar que le



agradasen las dos hermanas de Bingley. Con facilidad adivinó que los pensamientos de su madre iban por el mismo camino, y decidió no aventurarse a acercarse a ella, por miedo a escuchar demasiadas cosas. Por eso, cuando se sentaron a cenar, consideró la mayor de las desgracias el que las colocaran juntas, y le disgustó profundamente ver que su madre hablaba libre y abiertamente a lady Lucas sólo de su esperanza de que Jane se casara pronto con Bingley, matrimonio que no podía por menos que proporcionar ventajas a su familia por tratarse de un joven encantador y, sobre todo, rico que, además, residía a sólo tres millas de Longbourn. Agregó que, por otra parte, era muy grato observar cuánto apreciaba Jane a las dos hermanas, quienes, a no dudar, habrían de ansiar la unión tanto como ella misma. Por otra parte, ese casamiento significaba una grata expectativa para las hermanas menores de Jane, pues podría conducir las a encontrar otros hombres ricos; y, por fin, era tanto más grato a su edad, en que podía confiar el cuidado de sus hijas solteras a la hermana mayor, con lo que no se vería obligada a buscar más compañía que la que prefiriese. Preciso era considerar esta circunstancia como motivo de alegría, porque es de rigor en casos semejantes; pero lo cierto es que a nadie apetecía menos que a Mrs. Bennet permanecer en casa, por más edad que tuviese. Concluyó deseando a lady Lucas la misma suerte para su hija, aunque por el aire de triunfo con que lo dijo, estaba claro que lo dudaba.

En vano Lizzy procuró reprimir el torrente de palabras de su madre y persuadirla de describir su felicidad de manera más moderada, porque para mayor contrariedad, advirtió que Darcy, sentado frente a ellas, la escuchaba. Su madre no hacía sino regañarla por necia.

—Dime, ¿quién es Mr. Darcy para que deba temerle? No le debemos ninguna atención especial que nos impida decir lo que queremos, aunque no sea de su agrado.

—¡Por Dios, mamá, habla más bajo! ¿Qué ventaja puede reportarte ofender a Mr. Darcy? ¿Quieres que su amigo te considere antipática por proceder así?

Pero nada de cuanto dijo surtió efecto. Su madre siguió manifestando sus ideas con el mismo tono, y Lizzy se ruborizaba cada vez más de vergüenza e indignación. No podía evitar mirar con frecuencia a Darcy, aunque cada mirada la convenciera aún más de lo que temía, pues si bien no siempre miraba él a su madre, estaba segura de que tenía su atención fija en ellas. La expresión de su rostro iba del desprecio y la indignación a una gravedad fría y circunspecta.

Pero al cabo Mrs. Bennet no tuvo más que decir acerca del tema, lady Lucas, que había estado bostezando mientras escuchaba el relato de una dicha en que no veía posibilidad de participar, se entregó a los placeres del pollo y el jamón frío. Entonces comenzó Lizzy a sentirse más tranquila, pero no por mucho tiempo, pues al acabar la cena se habló de

cantar y se sintió mortificada al ver que Mary, tras muy escasas súplicas, se disponía a dejarse oír en la reunión. Con muy significativas miradas y callados ruegos trató de impedir esa muestra de complacencia, pero fue en vano. Mary no quiso darse por enterada; no estaba dispuesta a desaprovechar una oportunidad como aquella.

Comenzó el recital. Lizzy no apartaba los ojos de ella, esperando con angustia el resultado de la primera canción, con la esperanza de que su hermana no acometiera otra. Pero Mary interpretó los aplausos de la concurrencia como una invitación a volver a cantar, y así lo hizo tras una pausa de medio minuto. Las facultades de Mary no eran las adecuadas para semejante exhibición, y su voz pronto comenzó a debilitarse y sus modales a resultar afectados. Lizzy estaba desesperada. Miró a Jane para ver cómo sobrellevaba aquello, pero ésta hablaba con Bingley, muy tranquila. Miró a sus otras dos hermanas y las vio haciéndose guiños entre sí; miró a Darcy y encontró que su gesto era imperturbable. Miró por fin a su padre, implorándole que evitara que Mary se pasase cantando toda la noche. Él advirtió su expresión, y cuando Mary hubo acabado su segunda canción, le dijo en alta voz:

—Está bien, hija mía. Ya nos has entretenido bastante; deja ahora que otras jóvenes se luzcan.

Aunque aparentó no oír, Mary quedó algo desconcertada. Lizzy, apenada por ella y por las palabras de su padre, pensó que su ansiedad no había resultado provechosa. Se pidió que cantara a otro de los presentes.

—Si yo tuviera la fortuna de ser apto para el canto —dijo Collins—, estoy seguro de que me gustaría obsequiar a la concurrencia ejecutando algún aire, pues considero que la música es una distracción inocente y compatible con la profesión de clérigo. Pero no quiero afirmar que podamos justificar el empleo de parte de nuestro tiempo con la música, porque hay cosas, en verdad, más importantes. El rector de una parroquia tiene mucho que hacer. En primer lugar, ha de establecer un convenio de diezmos que, siendo beneficioso para él, no sea gravoso para su protector. Ha de escribir sus sermones, y el tiempo que le reste no será excesivo para atender a su misión parroquial y al cuidado y mejora de los habitantes de su propia casa, cuya vida ha de procurar hacer todo lo confortable que pueda. Y no tengo por cosa de poca monta el que posea modales atentos y conciliadores con todo el mundo, en especial con aquellos a quienes tiene a su cargo. No puedo dispensarlo de semejante deber ni pensar bien de quien prescinda de cualquier ocasión que se ofrezca para testimoniar sus respetos a cualquier pariente de sus bienhechores.

Y con una reverencia a Darcy acabó su discurso, pronunciado en voz tan alta que lo oyó la mitad de los presentes. Unos se miraron mutuamente, otros sonrieron, pero ninguno



se mostró tan risueño como Mr. Bennet, mientras su esposa ponderaba a Collins por haberse expresado de manera tan delicada, haciendo notar a Lady Lucas que su pariente era un joven de inteligencia privilegiada.

A Lizzy le pareció que si hubieran contratado a todos los de su familia para ponerse en evidencia cuanto les fuera posible durante la velada, no habrían podido desempeñar sus papeles con más ingenio y mejor resultado; y daba gracias porque a Bingley y a su propia hermana les hubiese pasado inadvertida buena parte de semejante escena, y porque los sentimientos de él no se viesen modificados por las locuras que tenía que presenciar. Pero el que las dos hermanas de él y Darcy tuvieran tal oportunidad de ridiculizar a su pariente, era ya bastante desgracia, y no pudo determinar qué era más intolerable, si el silencioso desprecio de éste o las insolentes sonrisas de aquéllas.

El resto de la velada le proporcionó escasa distracción. Se vio atormentada por Collins, que continuaba, perseverante, a su lado y que, aun sin lograr bailar de nuevo con ella, le impidió que bailase con los otros. En vano le suplicó que alternase con alguno de los presentes, y en vano se ofreció a presentarle a algunas jóvenes. Él le aseguró que el baile le importaba muy poco, que su principal preocupación era colmarla de delicadas atenciones, y que por eso se proponía permanecer a su lado durante toda la velada. Lizzy contaba, afortunadamente, con la presencia de su amiga, Miss Lucas, quien, llevada de su buen temperamento, desvió hacia sí la conversación de Collins.

Por lo menos se vio libre de la molestia de Darcy; pues aun estando a poca distancia y sin hablar con nadie, no se aproximó lo bastante para conversar. Ella creyó que se debía al modo en que había aludido a Wickham, y se alegró de que así fuera.

El grupo de Longbourn fue el último en marcharse. Por una treta de Mrs. Bennet tuvieron que esperar el coche un cuarto de hora después de haberse ido los otros, y eso les dio tiempo para comprobar hasta qué punto algunos de los Bingley deseaban verlos lejos. Mrs. Hurst y su hermana apenas si abrieron la boca, excepto para quejarse de cansancio, y se las veía impacientes por encontrarse solas en su casa. Rechazaron todo intento de conversación por parte de Mrs. Bennet, lo que produjo cierto sopor en todos, apenas mitigado por los ampulosos discursos de Collins felicitando a Bingley y a sus hermanas por las excelencias de su fiesta y por su hospitalidad y finura en el trato a sus invitados. Darcy no dijo absolutamente nada. Mr. Bennet, igualmente silencioso, disfrutaba con la escena; Bingley y Jane siguieron juntos, algo separados del resto, y charlando animadamente; Lizzy permaneció en silencio, como Mrs. Hurst o Miss Bingley; y hasta Lydia estaba demasiado fatigada para pronunciar otra frase que: «¡Dios mío, qué cansada estoy!», acompañada de un sonoro bostezo.

Cuando por fin se levantaron para despedirse, Mrs. Bennet insistió con mucha cortesía en su deseo de ver pronto en Longbourn a toda la familia, dirigiéndose en especial a Bingley, para asegurarle lo dichosos que se sentirían si acudían alguna vez, sin la ceremonia de una invitación formal. Bingley se mostró satisfecho, y al instante se comprometió a visitarlos apenas regresase de Londres, adonde se veía forzado a ir al día siguiente por poco tiempo.

Mrs. Bennet estaba encantada, y abandonó la casa con la grata persuasión de que, aun concediendo el tiempo preciso para los preparativos de instalación, compra de nuevos coches y trajes de boda, tendría a su hija establecida en Netherfield al cabo de tres o cuatro meses. Con idéntica seguridad pensaba tener otra hija casada con Collins, aunque no con igual alegría. Lizzy distaba mucho de ser su hija preferida, y por más que el pretendiente y el casamiento fueran bastante buenos para ella, el valor de ambas cosas quedaba eclipsado ante Bingley y Netherfield.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 19

Al día siguiente tuvo lugar en Longbourn una nueva escena: Collins se declaró formalmente. Tras decidir hacerlo sin pérdida de tiempo, puesto que su permiso se extendía sólo hasta el sábado siguiente y puesto que no abrigaba sentimientos de desconfianza, se puso a ello con toda la circunspección que él suponía había de contribuir al feliz éxito de su empresa. Así, como después del almuerzo encontrarse juntas a Mrs. Bennet, a Lizzy y a una de las menores, se dirigió a la primera en estos términos:

—¿Puedo confiar en que accedas, dado tu interés por tu bella hija Lizzy, si solicito el honor de una entrevista a solas con ella esta mañana?

Antes de que Lizzy hubiera tenido tiempo para otra cosa que sonrojarse de sorpresa, Mrs. Bennet contestó de inmediato:

—¡Oh, querido, por supuesto! Estoy segura de que Lizzy se tendrá por dichosa. Ven, Kitty, te necesito arriba.

Y cogiendo su labor se apresuró a partir, mientras Lizzy exclamaba:

—Querida mamá, te suplico que no te vayas. Nuestro primo nada tiene que decirme que tú no puedas escuchar. De lo contrario, yo también me marcharé.

—No hagas tonterías, hija. Deseo que te quedes aquí. —Y al ver que Lizzy, apenada y azorada, de verdad se disponía a marcharse, añadió—: Insisto en que te quedes y escuches lo que Collins tiene que decirte.

Lizzy no pudo oponerse al mandato, y cuando tras un instante de reflexión le hizo saber que sería más prudente que lo que tuviese que ocurrir ocurriera cuanto antes, volvió a sentarse, tratando de ocultar sus sentimientos que oscilaban entre la pena y el deseo de echarse a reír. Mrs. Bennet y Kitty se marcharon, y en cuanto eso ocurrió Collins comenzó:

—Creo, querida Lizzy, que tu modestia, lejos de perjudicarte, se suma a tus otras perfecciones. Habrías sido menos amable a mis ojos si no hubieras mostrado renuencia, pero permíteme asegurarte que tengo permiso de tu respetable madre para esta entrevista. Apenas podrás dudar del objeto de mi discurso, pero tu natural delicadeza acaso te lleve a disimularlo, mis intenciones son demasiado claras para dar lugar a error. Prácticamente desde que entré en esta casa te escogí como compañera de mi futura vida. Pero antes de hablar de mis sentimientos quizá sea mejor para mí apuntar las razones que tengo para casarme, y más aún para venir al condado de Hertford deseoso de tomar esposa, como en efecto he hecho.

El que Collins hubiese expuesto su pretensión con tanta solemnidad, casi hizo reír a Lizzy, quien no pudo aprovechar la corta pausa que le concedió para intentar detenerlo, de modo que él continuó:

—Mis razones para casarme son: primero, que tengo por obligación de todo clérigo en circunstancias favorables (como son las mías) dar ejemplo de matrimonio en su parroquia; segundo, que estoy convencido de que eso contribuirá poderosamente a mi felicidad; y tercero

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



(lo que acaso debería haber mencionado antes), que el hacerlo es advertencia y recomendación particular de la muy noble dama a quien tengo el honor de llamar mi protectora. Dos veces se ha dignado darme su opinión, aun cuando no se lo pedí, sobre ese punto; y el mismo sábado último por la noche, antes de abandonar Hunsford, durante nuestra partida de cuatrillo, y mientras Mrs. Jenkinson arreglaba el taburete de Miss de Bourgh, me dijo: «Señor Collins, tiene usted que contraer matrimonio. Un clérigo como usted debe estar casado. Elija usted bien, elija una verdadera señorita, por lo que a mí toca; y por lo que a usted atañe, procure que sea atractiva, hacendosa, sin pretensiones, pero capaz de saber emplear bien ingresos modestos. Ése es mi consejo. Busque usted esa mujer lo mejor que pueda, tráigala a Hunsford y la visitaré.» Permítame de paso observar, mi bella prima, que no estimo como la menor de las ventajas que están en mi mano contar con la atención y la bondad de lady Catherine de Bourgh. Tendrás ocasión de juzgar su carácter y sus exquisitos modales, y comprobar que son más exquisitos de lo que yo acertara a describir, y creo que tu ingenio y tu viveza serán bien acogidos, especialmente al templarse con el respeto y la humildad que su rango impone inevitablemente. Todo esto en cuanto a mis propósitos de matrimonio, en general; resta por decir por qué me he dirigido a Longbourn en lugar de permanecer en mi propia parroquia, donde hay muchas jóvenes amabilísimas. Pues el hecho es que siendo como soy el heredero de esta hacienda cuando tu honorable padre fallezca, y que conste que le deseo larga vida, no quedaría satisfecho sin elegir esposa entre sus hijas, para que la pérdida de éstas sea la menor posible al sobrevenir el triste suceso, lo cual, como acabo de decir, ojalá no acontezca en mucho tiempo. Tal ha sido el motivo, querida prima, y espero no desmerecer por ello ante ti. Y ahora no me resta sino asegurarte, del modo más vehemente, la sinceridad de mi afecto. En cuanto a la dote, me es por completo indiferente, y nada he de pedir a tu padre que sepa que no puede cumplir; y así, las mil libras al cuatro por ciento, que no han de ser tuyas hasta la muerte de tu madre, es todo lo que habrás de aportar. Pero en cuanto a eso, nada diré, y puedes estar segura de que ningún reproche sobre el particular saldrá de mi boca una vez que estemos casados.

Al llegar a este punto, se imponía, para Lizzy, interrumpirlo.

—Vas demasiado de prisa —exclamó ella—. Olvidas que yo no he contestado. Permítame hacerlo sin mayor pérdida de tiempo. Acepta mi agradecimiento por el cumplido que me haces. Agradezco mucho el honor que significa tu proposición, pero me es imposible dejar de rechazarla.

—No es nuevo para mí —replicó Collins con gesto solemne— que las jóvenes tienen la costumbre de rechazar proposiciones que en secreto piensan aceptar más tarde, y que en ocasiones el rechazo se repite una segunda y hasta una tercera vez. Por ello no me siento desalentado por lo que acabas de decirme, y espero conducirte al altar dentro de poco.

—Después de lo que acabo de decir —exclamó Lizzy— me parecen inexplicables tus esperanzas. Te aseguro que no soy de esas mujeres, si es que existen, que osan arriesgar su felicidad al azar de que se les declaren una segunda vez. Procedo con la mayor seriedad en mi rechazo. No puedes hacerme dichosa, y estoy convencida de que yo tampoco puedo hacerte feliz a ti.

Además, si tu amiga Lady Catherine me conociera, estoy segura de que me encontraría, desde todos los puntos de vista, poco adecuada para esposa tuya.

—Si fuera cierto que lady Catherine pensara de ese modo... —dijo con mucha gravedad Collins— ; pero no puedo imaginar, de ningún modo, que lo desaprobara. Y puedes confiar en que cuando yo tenga el honor de volver a verla le hablaré en los términos más elogiosos de tu modestia, sentido de la economía y demás excelentes cualidades.

—En verdad, Collins, que tus alabanzas serán innecesarias. Permíteme juzgar por mí misma y hazme el favor de creer cuanto te digo. Te deseo felicidad y riqueza, y al rehusar tu mano hago cuanto puedo para que lo consigas. Así, podrás tomar posesión de la hacienda de Longbourn cuando llegue el momento, sin reprocharte nada. Por lo tanto, demos esta cuestión por definitivamente resuelta.

Lizzy se puso de pie, y habría abandonado la estancia si la voz de Collins no la hubiera obligado a detenerse.

—Cuando próximamente tenga el honor de hablarte de nuevo sobre este asunto —dijo él—, espero recibir respuesta más favorable que la que acabas de darme. Aunque estoy lejos de considerar cruel tu actitud, pues bien sé que es costumbre de las mujeres rechazar a los hombres a las primeras de cambio, y quizá hayas dicho todo eso para animarme a insistir, todo lo cual es muy propio de la delicadeza del carácter femenino.

—La verdad, Collins —exclamó Lizzy con vehemencia—, me confundes. Si lo que he dicho hasta ahora puede ser considerado como un estímulo, no sé de qué modo expresar mi rechazo para que te convenzas de él.

—Permíteme, querida prima, que siga creyéndolo así. Mis razones para ello son éstas: no creo que mi mano sea indigna de tu aceptación ni que la situación que te ofrezco deje de ser altamente apetecible. Mi posición social, mi relación con la familia De Bourgh y mi parentesco contigo son grandes circunstancias en mi favor, y habrás de considerar, además, que a pesar de tus numerosos atractivos no es seguro que se te haga otra proposición de matrimonio. Tu fortuna es, por desgracia, tan escasa que con toda probabilidad anulará los efectos de tu amabilidad y gratas cualidades. Y puesto que por eso he de deducir que no has procedido con sinceridad al rechazarme, optaré por atribuirlo al deseo de acrecentar mi amor con este fracaso, de acuerdo con las normas habituales de las mujeres elegantes.

—Puedes estar seguro de que nunca he pretendido hacer ostentación de semejante clase de elegancia, consistente en atormentar a una persona respetable. Antes bien, te pido encarecidamente que me juzgues sincera. Te agradezco el honor que me has hecho con tu proposición, pero en modo alguno puedo aceptarlo. Mis sentimientos me lo impiden. Como verás, no puedo hablar con mayor franqueza. No me tomes por mujer elegante que pretende atormentarte, sino por una muchacha sensata que dice la verdad de corazón.



—Siempre resultas encantadora —exclamó él con aire de espontánea galantería—, y estoy firmemente convencido de que mi proposición será aceptada cuando obtenga la sanción de la autoridad de tus excelentes padres.

Ante tal perseverancia en querer engañarse a sí mismo, Lizzy no contestó, y se marchó sin decir palabra, decidida a que si persistía en considerar sus repetidas negativas como un modo de animarlo, recurriría a su padre, cuya negativa habría de quedar expuesta de tal modo que resultase decisiva, y cuyo proceder, por lo menos, no podría confundirse con la afectación y coquetería de una dama elegante.

*¿Cuáles temas has
identificado?*

*¿Cuál es el tono
general de la novela
hasta ahora?*



Capítulo 20

Collins no se entregó durante mucho tiempo a la silenciosa consideración de su venturoso amor, pues habiendo Mrs. Bennet hecho tiempo en el vestíbulo esperando el fin de la charla, en cuanto vio a Lizzy abrir la puerta y dirigirse a paso veloz hacia la escalera, entró en el cuarto felicitando a Collins y a sí misma por la feliz perspectiva de la próxima unión. Collins, tras aceptar y devolver esas felicitaciones, procedió a definir las particularidades de la entrevista, de cuyo resultado confiaba tener razón en estar satisfecho, puesto que la negativa tan resuelta de su prima no podía provenir, naturalmente, sino de su tímida modestia y de la delicadeza de su carácter.

Pero semejante observación sobresaltó a Mrs. Bennet. También ella habría deseado creer que su hija había tratado de animarlo al rechazar sus proposiciones, pero no se atrevía a creerlo, y no pudo evitar manifestarlo.

—Lo importante, Collins —añadió—, es que Lizzy entre en razón. Hablaré personalmente con ella. Es muy terca y no sabe lo que le conviene, pero me encargaré de que lo sepa.

—Perdóname que te interrumpa —exclamó Collins—, pero si en realidad es terca, no sé si resultará la mujer conveniente para mí, dada mi situación, pues, como es natural, busco la felicidad en el matrimonio. Por consiguiente, si insiste en rechazarme, tal vez sea mejor no forzarla a que me acepte, pues con semejante defecto no creo que pudiera contribuir a mi dicha.

—No me has entendido —replicó alarmada Mrs. Bennet—. Lizzy es terca sólo en asuntos como éste. En el resto es de tan buen temperamento como cualquier otra muchacha. Acudiré directamente a mi esposo, y tengo por seguro que muy pronto estaremos de acuerdo con ella.

Mrs. Bennet no le dio tiempo a contestar, sino que, yendo a toda prisa a la biblioteca, donde estaba su marido, exclamó:

—¡Oh, Bennet! Te necesitamos de inmediato. Estamos todos en un aprieto. Es preciso hacer que Lizzy se case con Collins, pues afirma que no lo hará, y si no te apresuras, él cambiará de idea y ya no la querrá como esposa.

Mr. Bennet levantó la vista del libro en cuanto su mujer entró, y la miró fijamente con calma e indiferencia, sin dar muestras de alterarse por la noticia.

—No tengo el gusto de entender lo que me has dicho —repuso—. ¿De qué estás hablando?

—De Collins y Lizzy. Tu hija asegura que no quiere casarse con él, y él comienza a dudar de la conveniencia de hacerlo.

—¿Y qué puedo hacer en ese caso? Parece asunto concluido.

—Habla con Lizzy. Dile que insistes en que se case con él.

—Haz que baje. Oirá mi opinión.

Mrs. Bennet hizo sonar la campanilla y Lizzy fue llamada a la biblioteca.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Ven, hija mía —exclamó su padre en cuanto entró—. He enviado por ti para un asunto de importancia. Parece que Collins te ha hecho proposiciones de casamiento; ¿es cierto?

Lizzy respondió que sí.

—Muy bien; y tú has rehusado ese ofrecimiento de matrimonio.

—Lo he rehusado, papá.

—Bien. Ahora vamos al asunto. Tu madre insiste en que lo aceptes. ¿No es así, querida?

—Sí, o no volveré a dirigirle la palabra —contestó Mrs. Bennet.

—Una triste alternativa se te ofrece, Lizzy. Desde este día tienes que ser extraña a uno de tus padres. Tu madre no quiere volver a hablarte si no te casas con Collins, y yo no quiero volver a verte si te casas con él.

Lizzy no pudo menos que sonreír ante semejante comentario, pero Mrs. Bennet, que estaba persuadida de que su marido impondría la boda, se mostró muy disgustada.

—¿Qué quieres decir, Bennet, al hablar así? Me habías prometido insistir en que se casara con él.

—Querida mía —replicó su marido—, tengo dos pequeños favores que pedirte: que en esta ocasión me permitas hacer libre uso, primero, de mi entendimiento, y segundo, de mi biblioteca. Deseo quedarme solo cuanto antes, si es posible.

Pero a pesar de la actitud de su marido, Mrs. Bennet insistió en el tema. Habló una y otra vez a Lizzy y la halagó y amenazó alternativamente. Trató de obtener para sus fines la ayuda de Jane, pero ésta, con toda la dulzura posible, rehusó intervenir, y Lizzy, unas veces con verdadero ardor y otras con juguetona alegría, contestó a sus ataques. Aunque sus modales variaron, su determinación jamás lo hizo.

Collins, entretanto, meditaba en silencio sobre lo ocurrido. Tenía una elevada opinión de sí mismo para comprender por qué motivos podía rechazarle su prima, y aunque su orgullo estaba herido, por lo demás no sufría. Su interés por ella era meramente imaginario, y la posibilidad de que mereciese los reproches de su madre le impedían sentirse afligido.

Mientras la familia se debatía en esta confusión, Charlotte Lucas llegó a pasar el día con ellos. Salió a recibirla Lydia, quien le dijo al oído:

—¡Me alegro de que hayas venido, porque hoy hay un jaleo muy divertido! ¿Qué crees que ha ocurrido esta mañana? Collins ha hecho a Lizzy proposiciones de matrimonio y ella no le ha aceptado.

Antes de que Charlotte pudiese contestar, se les unió Kitty. Venía a darle la misma noticia; y en cuanto entraron todas en la habitación donde Mrs. Bennet estaba sola, ésta también comenzó con idéntico tema, procurando que Miss Lucas se compadeciera de ella y convenciera a su amiga Lizzy de satisfacer los deseos de toda la familia.

—Te suplico que lo hagas, querida Charlotte —añadió con tono melancólico—, ya que nadie está de mi parte. Ninguno se interesa por mí ni tiene consideración de mis pobres nervios.

Charlotte iba a responder, pero en ese instante entraron Jane y Lizzy.

—Ahí la tenemos —dijo Mrs. Bennet—, indiferente a cuanto ocurre y tan tranquila como si estuviese en York. Pero yo te aseguro, Lizzy, que si se te ocurre rechazar todas las proposiciones de matrimonio, jamás te casarás, y no sé quién te mantendrá cuando muera tu padre. Yo no podré, y, te lo advierto, he terminado contigo desde este instante. Sabes que en la biblioteca te he prometido que nunca volvería a hablarte, y cumpliré con mi promesa. No me agrada hablar con hijas desobedientes. En realidad, no me gusta hablar con nadie. Quienes padecemos de los nervios no sentimos gran inclinación a ello. Nadie podría explicar lo que sufro. Y siempre lo mismo; los que no padecen, jamás se apiadan.

Las muchachas escuchaban en silencio aquellas lamentaciones, conocedoras de que todo razonamiento o tentativa de aplacarla sólo serviría para aumentar su irritación. Por eso prosiguió hablando así, sin que ninguna la interrumpiese, hasta que se les unió Collins, quien entró con aire más resuelto que de ordinario, y en cuanto ella lo advirtió, dijo a sus hijas:

—Ahora os encargo que contengáis vuestras lenguas y nos dejéis solos por un rato.

Lizzy abandonó tranquilamente la habitación; Jane y Kitty la siguieron, pero Lydia permaneció quieta, resuelta a escuchar lo que pudiera. Charlotte, retenida al principio por la locuacidad de Collins, cuyas preguntas sobre ella y su familia se sucedían sin interrupción, y además por algo de curiosidad, se limitó a acercarse a la ventana, aparentando no escuchar. Con tono desgarrador, Mrs. Bennet comenzó así su proyectado coloquio:

—¡Oh, Collins!

—Querida —replicó él—, olvidemos para siempre este asunto. Estoy muy lejos —continuó luego con acento que denotaba su contrariedad— de sentirme disgustado por la conducta de tu hija. Es deber de todos resignarnos ante los males inevitables, y deber especial de un joven tan afortunado como yo he sido, dada mi temprana promoción. Confío en resignarme, y acaso con su negativa mi querida prima no haya disminuido mi felicidad; a menudo he observado que la resignación nunca es tan completa como cuando la dicha negada comienza a perder en nuestra estima algo de su valor. Espero que no supongas que falto a la consideración a tu familia, querida mía, porque renuncie a mis planes sobre tu hija sin informaros antes a ti y a tu esposo. Temo que mi proceder se deba al hecho de haber recibido la negativa de labios de vuestra hija antes que de los vuestros; pero todos estamos sujetos a error. Todo lo he hecho con la mejor intención. Mi objeto era procurarme una compañera amable, con la debida consideración a ciertas ventajas para toda vuestra familia, y si mi proceder ha sido reprehensible, os ruego que me perdonéis.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 21

Las discusiones originadas por el ofrecimiento de Collins tocaban ya a su fin, y Lizzy sólo tuvo que soportar, en adelante, alguna que otra alusión desagradable al respecto por parte de su madre. En cuanto a Collins, no se mostraba triste o turbado, ni procuraba rehuir su compañía, sino más bien se comportaba como si abrigase cierto resentimiento. Apenas le habló ya, y sus asiduas atenciones, de las que tanto se jactaba, las transfirió durante el día a Miss Lucas, cuya cortesía en escuchar supuso un inmenso alivio para las otras, y de modo especial para su amiga.

Al día siguiente no se dispó el mal humor ni la crisis de nervios de Mrs. Bennet. Collins, por su parte, persistió en su actitud de orgullo herido. Lizzy había concebido la esperanza de que su resentimiento acortaría su visita, pero los planes de él no parecieron afectados en absoluto. Siempre había pensado en marcharse el sábado, y hasta el sábado pensaba permanecer.

Tras el almuerzo, las muchachas fueron a Meryton para averiguar si Wickham había regresado y lamentar su ausencia durante el baile de Netherfield. Wickham las encontró a la entrada de la población y las acompañó a casa de la tía, donde se charló largo y tendido sobre su ausencia y la consternación que había producido en todos. Pero ante Lizzy reconoció que no había asistido al baile deliberadamente.

—Cuando se acercaba la hora —dijo— consideré que haría mejor en no encontrarme con Darcy, porque no habría podido soportar estar tan cerca de él durante tantas horas, y tal vez se produjese una situación desagradable para todos.

Ella aprobó de inmediato su decisión, tras discutir acerca de ello, y tuvieron tiempo para hacerlo, así como para los corteses elogios que mutuamente se dirigieron, mientras que el mismo Wickham y otro oficial las acompañaban a Longbourn, ya que durante el paseo él se dedicó particularmente a ella. El hecho de que las acompañara fue doblemente ventajoso, pues, además de recibir Lizzy los cumplidos que él le tributó, tuvo ocasión de presentárselo a sus padres.

Poco después de regresar entregaron a Jane una carta. Procedía de Netherfield, y la abrió presurosa. El sobre contenía una hoja de papel satinado, escrito por bella mano de mujer, y Lizzy notó que el rostro de su hermana cambió en cuanto la hubo leído, observando, además, que mientras lo hacía se demoraba en ciertas palabras. Jane se sobrepuso pronto, y plegando la carta trató de unirse, con su habitual alegría, a la conversación general, pero Lizzy experimentó tal ansiedad por lo observado, que incluso dejó de prestar atención a Wickham, y en cuanto éste y su compañero se hubieron marchado, una mirada de Jane la invitó a seguirla al piso de arriba. Una vez en su cuarto, Jane le mostró la carta y dijo:

—Es de Caroline Bingley; su contenido me ha sorprendido enormemente. A estas horas todos en Netherfield han abandonado la casa y se encuentran camino de la capital, sin intención de regresar. Escucha lo que dice.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



Leyó entonces en alta voz el primer párrafo, que contenía la noticia de que acababan de resolver seguir a su hermano a la capital, y donde exponía su intención de comer aquel día en la calle de Grosvenor, en la cual Mr. Hurst tenía su casa. El resto de la carta decía así: «No siento nada de lo que dejo en el condado de Hertford, excepto tu compañía, amiga queridísima, pero en el futuro espero gozar muchas veces de los deliciosos coloquios que hemos tenido, y entretanto podemos atenuar la pena de la separación con frecuentes y efusivas cartas.» Todas esas elevadas expresiones las escuchó Lizzy con la indiferencia de quien no cree en tan ampulosas expresiones, y aunque le sorprendía la rapidez con que se habían marchado los Bingley, no encontró motivo alguno para lamentarlo. No era presumible que la ausencia de las hermanas Bingley impidiera a su hermano viajar a Netherfield cuando lo considerase oportuno, y esto era lo único que podía preocupar a Jane.

—Es una pena —dijo luego de una pausa— que no hayas visto a tus amigas antes de que abandonasen el condado. Pero ¿no podemos confiar que el período de futura dicha a que se refiere Miss Bingley llegue antes de lo que ella se figura y que la deliciosa relación de quienes han tratado como amigas se haga más intensa cuando sean hermanas? Bingley no se quedará en Londres con ellas.

—Caroline dice resueltamente que ningún miembro de la familia volverá al condado este invierno. Voy a leértelo: «Cuando mi hermano nos dejó ayer, imaginaba que los negocios que lo llamaban a Londres podrían despacharse en tres o cuatro días, pero como estamos seguras de que eso es imposible, y convencidas al mismo tiempo de que cuando Charles va a la capital no tiene prisa en abandonarla, hemos decidido seguirlo para que no se vea obligado a pasar sus horas libres en un incómodo hotel. Muchas de mis relaciones ya están allí para pasar el invierno; desearía saber si tú, mi queridísima amiga, tienes intención de sumarte a ellas, pero temo que no sea posible. Sinceramente deseo que vuestras navidades en el condado transcurran con la alegría propia de esas fechas, y que vuestros admiradores sean tan numerosos que os impidan sentir la pérdida de las otras personas de quienes vamos a privaros.» Es evidente, según esto —añadió Jane—, que este invierno no regresará.

—Lo único evidente es que Miss Bingley no dice que vaya a hacerlo.

—¿Qué piensas de ello? Debe de ser cosa de él, pues no depende de nadie. Pero aún no lo sabes todo. Voy a leerte el pasaje que me hiere de modo particular. No quiero tener reservas contigo. «Mr. Darcy está impaciente por ver a su hermana, y, a decir verdad, nosotras también. No creo que Georgina Darcy tenga rival en belleza, elegancia y finura, y el afecto que nos inspira a Louisa y a mí se hace aún mayor con la esperanza que abrigamos de que algún día se convierta en nuestra hermana. No sé si te he manifestado alguna vez mis sentimientos sobre el particular, pero no abandonaré el condado sin confiártelo, y estoy segura de que no los tendrás por faltos de razón. Mi hermano la admira desde hace tiempo, y ahora dispondrá de frecuentes oportunidades para verla en un ambiente más íntimo, y creo que no me ciega la parcialidad de hermana para tener a Charles por muy capaz de conquistar el corazón de una mujer. Por consiguiente, con tantas circunstancias a favor de este matrimonio, ¿me equivoco, queridísima Jane, si abrigo la esperanza de que llegue a convertirse en realidad, para felicidad de tantos?»

¿Qué opinas de este párrafo, querida Lizzy? ¿No está bastante claro? ¿No expresa diáfano que Caroline ni espera ni desea que yo sea su hermana, que está completamente convencida de la indiferencia de su hermano hacia mí, y que, si sospecha la naturaleza de mis sentimientos hacia él, se propone (¡eso sí, con mucha dulzura!) ponerme en guardia? ¿Puede opinarse de otro modo en esta cuestión?

—Sí, se puede; porque la interpretación que le doy es muy distinta. ¿Quieres oírla?

—Con el mayor gusto.

—Te lo expondré en pocas palabras. Miss Bingley ve que su hermano está enamorado de ti y quiere que se case con Miss Darcy. Sigue a aquél a la capital con la esperanza de retenerlo allí, y trata de convencerte de que a él ya no le importas.

Jane sacudió la cabeza.

—Debes creerme —insistió Lizzy—. Nadie que os haya visto juntos puede dudar de su afecto. Miss Bingley no es tan necia; si hubiera advertido en Mr. Darcy la mitad de ese afecto hacia ella, habría encargado su vestido de boda. Pero el caso es el siguiente: para ellos no somos lo bastante ricos ni distinguidas, y si ella está tan ansiosa de ver a su hermano casado con Miss Darcy, se debe a que si ese matrimonio tiene lugar, a ella le resultará mucho más fácil pescar a Mr. Darcy. En todo esto, sin embargo, existe cierta ingenuidad, y me atrevo a decir que conseguiría sus anhelos si no estuviese por medio Miss de Bourgh. Pero, querida Jane, no puedes pensar con seriedad que por decirte Miss Bingley que su hermano admira mucho a Miss Darcy, sea él en menor grado sensible a tus méritos que cuando se despidió de ti el jueves, ni que estará en poder de ella persuadirle de que en vez de estar enamorado de ti lo está de su amiga.

—Si pensáramos lo mismo de Miss Bingley —replicó Jane—, tu explicación me dejaría más tranquila. Pero estás equivocada respecto a ella. Caroline es incapaz de engañar voluntariamente a nadie; cuanto cabe esperar en esta ocasión es que se engañe a sí misma.

—Eso es. Si mis argumentos no te convencen, los tuyos tal vez lo hagan. Créela engañada. Así quedas bien con ella y no tienes más motivo de preocupación.

—Pero, querida hermana, ¿puedo ser feliz, aun suponiendo lo mejor, aceptando a un hombre cuyas hermanas y cuyos amigos desean que se case con otra?

—Eso debes decidirlo por ti misma —respondió Lizzy—; y si tras reflexionar en ello encuentras que la desgracia de no deber nada a sus dos hermanas es más que lo que representa la felicidad de ser su mujer, te aconsejo que lo rechaces.

—¿Cómo puedes decir eso? —inquirió Jane con una sonrisa—. Debes saber que, aunque quedara apenadísima con su desaprobación, no podría dudar.

—No creo que dudarás, y siendo así, no puedo compadecerme mucho de tu situación.

—Pero si él no regresa este invierno, mi resolución no servirá de nada. ¡En seis meses pueden ocurrir muchas cosas!



Lizzy rechazaba la idea de que Bingley no regresase; le parecía, sencillamente, sugestión de los interesados deseos de Caroline, y ni por un instante podía suponer que semejantes deseos, ya los manifestase claramente, ya con artificio, hubieran de influir en un joven tan independiente.

Expuso a su hermana, con toda la vehemencia de que fue capaz, lo que opinaba sobre el asunto, y pronto tuvo el placer de notar los saludables efectos de sus palabras. Jane no era desconfiada, y por eso nació en ella la esperanza de que Bingley regresase a Netherfield y colmara los deseos de su anhelante corazón, aunque la duda alguna vez se sobrepusiese a la esperanza.

Convinieron en que Mrs. Bennet supiera sólo que la familia se había marchado, para que no se alarmase por la conducta del caballero; pero incluso esa información parcial la inquietó un poco, y le hizo lamentarse, como de suceso muy desgraciado, de que se marcharan esos señores precisamente cuando todos habían intimado tanto. Luego, tuvo el consuelo de pensar que Bingley volvería pronto dispuesto a comer en Longbourn, y la conclusión de todo fue declarar que, aun habiendo sido invitado a comer sólo en familia, ya cuidaría ella de tener ese día dos suculentos platos.

*¿Cuáles temas has
identificado?*

*¿Cuál es el tono
general de la novela
hasta ahora?*

Fuente

Austen, Jane. (1813). *Orgullo y prejuicio*. [Pride and Prejudice]. (A.M. Rodríguez, Trans.). Penguin. ePub r.1.1.

<https://alicialectura.com/wp-content/uploads/2024/10/Orgullo-y-prejuicio- trad.-Ana-Maria-Rodri-Jane-Austen.pdf>

